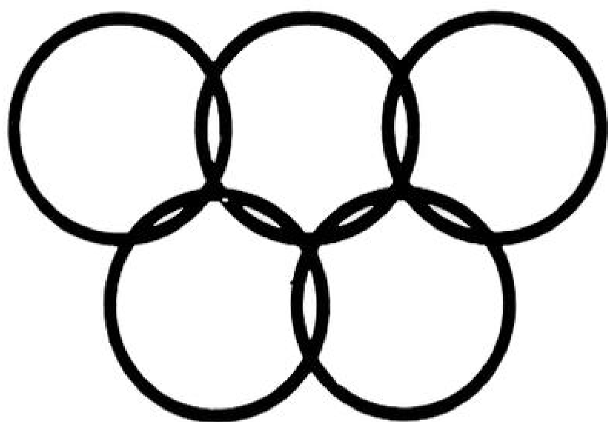


VUELO SIN RETORNO

Rocco Sarto



COLECCION
DOBLE
JUEGO





ROCCO SARTO

VUELO SIN RETORNO

Colección
DOBLE JUEGO n.º 41
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048 5
Depósito legal: B. 39.128-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1983
2.ª edición en América: julio, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8 Barcelona – 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallés (N-152. Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

El coche se detuvo junto al único sendero que ascendía por la colina y una mujer descendió con presteza y comenzó a subir con paso elástico por entre los arbustos, haciendo rodar los guijarros sueltos hacia la carretera, como si fuese eliminando cada paso con el siguiente. Llegó a la cima y observó el equipo de filmación en un extremo de la precaria superficie desgranada. Había al menos cincuenta personas rodeando a un individuo ataviado con un pantalón corto confeccionado a partir de un viejo tejano gastado.

La muchacha continuó la marcha hasta que un hombre descubrió su presencia y fue a su encuentro.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó con prepotencia.

—Busco al señor Donovan, Frank Donovan, el productor —dijo la muchacha imperturbable.

—No puede atenderla ahora, está muy ocupado —replicó el hombre con irritación.

—¿Quién es usted?

—Soy el encargado de impedir que nadie obstaculice la filmación —dijo el hombre con tono que decía a las claras que normalmente conseguía su propósito.

—Escuche, amigo, será mejor que galope hasta donde se halla el amito Donovan y le diga que Nella Flagar está aquí. ¿De acuerdo?

El rostro del individuo se endureció. Era un sujeto alto y muy musculoso. Había superado la cuarentena y conservaba un aspecto de atleta porque era su instrumento de trabajo. El cabello ensortijado, rubio y desteñido, enmarcaba unas facciones duras y burlonas.

—Lo siento —dijo reprimiendo su ira—, no puedo permitir que se acerque al lugar de la filmación ni ir en busca del señor Donovan. Puede solicitar una entrevista a su secretaria, en los estudios. Sea una buena chica y no se complique la vida. Tal vez yo mismo pueda arreglarle algo con el jefe si...

—Está bien —dijo la muchacha y giró sobre sus talones. Caminó una veintena de metros alejándose de la cima y comenzó a descender por el declive de la ladera, resbalando sobre los guijarros sueltos. De pronto se detuvo y miró al hombre que permanecía en su sitio, observándola con una sonrisa apreciativa.

—¡Eh! —le gritó—. ¿A qué hora termina su turno de guardia?

El hombre miró hacia el equipo de filmación, decidió que podía alejarse unos momentos y anduvo hacia la muchacha.

Ella aguardó con las piernas separadas, afirmándose con fuerza en el terreno poco firme.

—¿Por qué, criatura? —preguntó el atleta, conservando su sonrisa de triunfador serie B.

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo interesante —dijo ella estirando una mano.

El guardia cogió la mano y la muchacha tiró con fuerza hacia ella. Lo hizo perder el equilibrio y precipitarse por la ladera. Cuando pasó a su lado le soltó la mano y estiró la pierna derecha para que la zancadilla aumentara su velocidad de caída.

No perdió el tiempo viendo cómo rodaba envuelto en una nube de polvo y pedregullo sino que regresó a la cima y se dirigió serenamente hacia donde operaba el equipo de filmación.

Se mezcló con los técnicos, maquilladores y operarios y llegó junto a un hombre alto, elegantemente vestido con un pantalón y chaqueta de tela rústica, de buen corte, que lo convertía en una especie de cazador blanco desarmado y pulcro.

—Vamos, daos prisa —rugió el hombre—, no tenemos toda la mañana para filmar la maldita escena.

A su lado, sentado en una butaca sujeta a una plataforma que se desplazaba sobre raíles, el director de la película miró al productor.

—Donovan, ¿quieres dejarte de aullar como un demente? Es mi trabajo.

—Y mi dinero —replicó Donovan secamente.

—Un dinero que esta película reproducirá varias veces, ¿verdad?

El tono sereno del director contrastaba con la violencia que exhalaba el productor.

—Vamos, Donovan, muéstrate como un buen chico. ¿Qué diría tía Molly si supiera lo mal que te comportas en público?

El productor se dio la vuelta, miró furioso a la muchacha y su rostro contraído y tenso se relajó como por arte de magia y estiró los brazos para estrecharla contra su pecho.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, brujita?

—He tenido que desembarazarme del mercenario que cuidaba la colina.

—¿Te has deshecho de Max?

—Ha rodado colina abajo envuelto en una nube de polvo.

—¡Dame un beso de sobrina preferida! —exclamó entonces estrujándola con fuerza.

El director miró la escena con entusiasmo.

—Si me prometes controlar los nervios de Donovan *el eléctricos* contrataré con un sueldo respetable —rió el director.

—Charley, ésta es mi sobrina predilecta, Nella Flagar —la presentó Donovan con orgullo.

—Encantado de conocerte, pequeña. ¿Has venido a ver la filmación?

—No exactamente. Estoy buscando a Nicholas Cooper.

—Allí le tienes, a punto de iniciar otra de sus locuras —dijo el director señalando al hombre semidesnudo que estaba ajustando un arnés a su cuerpo.

—Sí, supuse que sería él —comentó Nella.

—¿Para qué lo necesitas, encanto? —preguntó Donovan.

—Para una serie de cortos publicitarios. Me han dicho que es el mejor.

—Ya lo creo que lo es. No sólo el mejor, sino el único lo suficientemente loco como para trabajar solo.

—¿Solo? —inquirió Nella.

—Sí. El fabrica sus propios equipos, los controla, los arma y se ocupa de probarlos. Jamás pierde el tiempo, llega a la hora, trabaja bien y rápido y se marcha. Con una docena de especialistas como él mis películas se filmarían en la mitad del tiempo necesario.

Nella examinó al hombre que terminaba de ajustar el arnés a su cuerpo y levantaba una ala delta para conectar la grapa del arnés. Este echó un vistazo a su alrededor y durante unos segundos sus ojos se encontraron con los de la muchacha.

Nella lo saludó y Cooper miró al director.

—Está bien, Cooper, comenzamos —dijo Charley.

Un asistente marcó la toma y se alejó. Comenzaba la filmación.

Donovan pasó un brazo sobre los hombros de su sobrina y sonrió satisfecho.

Cooper corrió por la cima de la colina procurando girar el ala de modo tal que el ángulo de incidencia respecto al flujo del viento fuese el adecuado para el despegue. Sólo recorrió seis metros y entonces el ala embolsó el viento frontal y hombre y máquina se elevaron en la diáfana atmósfera matinal.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó Nella.

—Observa, pequeña, sólo observa —dijo Donovan.

Cooper se alejó unos treinta metros del equipo de filmación y enfiló directamente hacia el mar. La colina descendía por ese lado hasta una playa desierta y blanca sobre la cual rompían las grandes olas del Pacífico.

La cámara fue empujada sobre los raíles hasta el extremo de la cima y desde allí siguió las evoluciones del hombre-pájaro.

Un helicóptero surgió repentinamente y el sonido del rotor pareció preocupar a Cooper que realizó un peligroso viraje de 360 grados para confundir al piloto. No lo consiguió y buscó una mayor velocidad. El helicóptero se situó detrás de él y ligeramente por encima del ala.

—Va a arrollarlo —murmuró Nella.

Donovan la estrechó contra su cuerpo sin perder detalle de lo que ocurría ante sus ojos.

Cooper volaba ya sobre la rompiente, a unos sesenta metros de

distancia y el *zoom* del operador lo seguía perfectamente. El helicóptero hizo una pasada peligrosa, muy cerca de él y Cooper debió girar nuevamente. Descendió a unos cuarenta metros sobre la superficie del mar y cuando el helicóptero volvió a la carga, giró para enfrentarlo. Durante varios segundos el hombre suspendido del ala delta y el helicóptero dieron la impresión de tratarse de pájaros diferentes en una lucha de supervivencia. Una imitación de la pugna natural entre personajes de una naturaleza cruel y depredadora.

Nella se mordió los nudillos y aguantó la respiración.

En el momento en que el ala delta colisionó con el helicóptero se produjo una explosión y Cooper cayó al océano, desprendido del arnés, desde una altura de treinta o cuarenta metros.

—¡Va a matarse! —exclamó la muchacha.

—Es su profesión, cariño —dijo Donovan.

El helicóptero salió indemne de la explosión de humo y se alejó hacia la orilla llevando el ala delta rota y prendida a su fuselaje como un insecto bello, colorido y muerto.

La distancia era muy grande, sin embargo Nella pudo ver la zambullida brutal de Cooper en las olas lejanas y voluptuosas.

—¡Dios mío! —gritó.

Durante un minuto completo el mar recobró su cualidad de pradera llana, ligeramente conmovida por la sucesión ondulante de las olas antes de llegar a la rompiente.

—¡Corten! —gritó Charley.

La cámara dejó de filmar, pero nadie se movió. Todos estaban pendientes del sitio donde había desaparecido Cooper. Todavía transcurrió medio minuto más antes de que la cabeza del especialista emergiera en la distancia.

Un aplauso general acompañado de gritos y silbidos recibió su aparición.

—Está verdaderamente loco —dijo la muchacha.

—Se necesita una gran dosis de cordura para hacer esas locuras, pequeña. Cada uno de sus movimientos está medido, sólo que Cooper los lleva hasta su expresión más arriesgada. Sólo tenía que permanecer debajo del agua por espacio de cuarenta segundos. Era el tiempo que necesitábamos filmar y ¿qué ha hecho?, pues se ha quedado allí durante un minuto y medio —dijo Donovan.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Nella.

—Pregúntaselo a él si te da la oportunidad. Jamás habla más de lo necesario con nadie. Su vida es un misterio —explicó Charley.

—¿Cuánto tiempo más lo necesitáis?

—Esta ha sido la última escena en que interviene Cooper. Es todo tuyo ahora —sonrió Donovan.

—¡Max! —gritó entonces Charley—, ¿qué diablos te ha ocurrido?

Nella giró sobre sus talones para ver al atleta con el rostro ensangrentado y las ropas desgarradas. Tenía una expresión asesina y dolorida.

—¿Te has caído por la ladera? —preguntó Donovan, burlón.

—Yo... —comenzó a decir Max y no pudo continuar.

Una furia salvaje estremecía su cuerpo pero no hizo nada por saltar sobre la muchacha y darle su merecido.

—Ve a lavarte un poco y cámbiate de ropa, Max. Estás hecho una pena —dijo Charley.

Max miró largamente a Nella y luego se retiró.

—Pudiste haberlo matado —comentó Donovan.

—Esos tipos me ponen enferma. ¿Por qué no podéis contratar caballeros educados y considerados en vez de alquilar los servicios de perros de presa?

—Se te escapará, muchacha —rió Charley, incorporándose de su butaca.

—¿Quién?

—Cooper. Está llegando a la playa y ha dejado sus cosas allí abajo. Si no te das prisa tendrás que rastrearlo por toda California.

—Allá voy —gritó la muchacha.

Estampó un beso en la mejilla de Donovan y apretó la mano de Charley.

—Nos veremos en el hotel, tío —saludó mientras corría colina abajo, hacia la playa.

* * *

Nicholas Cooper se hundió como un arpón en la profundidad del mar procurando frenar la prodigiosa zambullida. Cuando lo consiguió se hallaba a doce metros por debajo de la superficie. Soltó un poco de aire, apretó la nariz con los dedos y sopló con fuerza para liberar los oídos y entonces, sólo entonces, comenzó a nadar muy lentamente, procurando no esforzarse, en diagonal hacia la superficie. Podía calcular los segundos con el pensamiento. Era su sistema. Se apartaba de la realidad de un modo consciente y vigilante, durante unos segundos, para evitar caer en la ansiedad que lo obligaría consumir más oxígeno, a fatigarse, a huir en línea recta hacia la superficie, hacia la luz del sol. Había entrenado su cuerpo durante años y, de un modo paralelo y sistemático, había ido adecuando su mente a las necesidades de su cuerpo. Ahora, a los treinta y siete años, tras pasar más de media vida metido en situaciones de peligro, donde cada milímetro y cada segundo podían significar la línea divisoria entre la vida y la muerte, ahora era consciente de que su meticuloso

entrenamiento daba resultados cada vez más satisfactorios. Todavía le quedaba suficiente aire en los pulmones, de modo que decidió nadar hacia la costa aprovechando la cadencia de las olas.

Por fin salió a la superficie y respiró sin ansiedad, controlando su respiración, moviendo acompasadamente piernas y brazos, mirando a su alrededor.

El helicóptero se posaba sobre una estribación de la colina, una especie de acantilado de roca, y daba la impresión de tratarse de un pájaro deformado por la presencia del ala destrozada en su fuselaje.

Cooper sonrió con la mitad de la boca. Estaba conforme. No tendría que repetir el salto y podría marcharse hacia el sur algunos kilómetros, detenerse en su cala solitaria y dejar que el sol lo tonificara. Nadó sin prisas hacia la costa y entonces vio a la mujer que corría por la ladera arenosa. Se detuvo para observarla. Vestía un par de tejanos descoloridos, una blusa roja de mangas cortas y parecía controlar perfectamente el vertiginoso descenso. Sus cabellos castaños flotaban agitados por el viento y sus brazos abiertos en cruz se movían como aspas perfectamente equilibradas.

Cooper continuó nadando y aprovechó una ola más grande que las demás para dejarse ir hasta la orilla como si su cuerpo fuese una tabla de surf.

La muchacha se había acuclillado junto al bolso del ejército donde Cooper dejara sus cosas para cambiarse luego de la zambullida. Arqueó el cuerpo hacia atrás y peinó los largos cabellos negros en el agua antes de caminar hacia ella.

—Hola —lo saludó la muchacha tendiéndole una toalla—, mi nombre es Nella.

—Hola —dijo él, lacónico.

—Ha sido un salto magnífico.

Cooper se secó vigorosamente y Nella tuvo la oportunidad de observarlo detenidamente. Debía medir metro ochenta. Tenía un torso sólido, musculoso y duro.

Piernas fuertes y un abdomen cuadriculado por una musculatura pétrea. Los brazos daban la impresión de ser capaces de sostener a un par de luchadores de sumo. Pero lo que más impresionó a la muchacha fue el rostro del especialista. Era un rostro de facciones duras, serio y con grandes arrugas. Estaba muy bronceado y los ojos verdes parecían contradecir la severidad de su gesto. El cabello, negro, lacio y muy largo, brillaba al sol.

—He estado buscándote —dijo Nella.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Cooper daba ahora la espalda al sol y Nella no podía verlo con claridad.

—¿Podemos conversar durante un rato?

—¿Necesitas un especialista?

—Tal vez.

El hombre se acuclilló delante de ella y la miró con intensidad. Abrió el bolso, sacó un bañador elástico color rojo y un tejano tan descolorido como el de la mujer.

—Voy a vestirme —dijo y comenzó a quitarse el short raído y mojado que llevaba.

Nella bajó la mirada y luego volvió a alzarla. Cooper no prestó ninguna importancia a su desnudez. Se puso el pequeño slip elástico y luego el tejano.

—Eres un exhibicionista indecente —bromeó ella.

Cooper la miró sin sonreír.

—No tienes aspecto de monjita extraviada y aún no me has dicho qué es lo que buscas.

Tenía una voz grave y serena, como si todo lo que ocurriera a su alrededor resbalara más allá de su presencia en el mundo.

—Necesito hacerte una consulta.

—¿Sobre qué?

—Eres un experto y yo tengo algunas preguntas que tú puedes responder.

Cooper la miró mientras se ponía una camisa a cuadros. Era una muchacha hermosa y segura de sí misma. Pero no iba a dejarse atrapar en la sutil sensualidad que exhalaba como un halo peligroso.

—Hay otros expertos —dijo mientras se calzaba las alpargatas.

—Me gustas tú.

Esta vez le dedicó una sonrisa breve y torcida.

—Pareces un duro del cine americano, chico —bromeó ella.

—Puedes preguntar —dijo él ignorando el comentario.

—¿Qué diablos te ocurre? ¿Acaso no puedes disponer de un par de horas?

—Voy a mi cueva. ¿Quieres venir?

—¿Por qué no?

—Estupendo, sígueme entonces.

Nella lo observó algo confundida mientras Cooper echaba a correr por la playa.

—¡Eh, espérame! —exclamó y fue tras él.

Con el bolso sujeto a su espalda, un paso rítmico y veloz, el rostro mirando al frente y una expresión decidida en el rostro, Cooper se alejó por la orilla espumosa del mar, flanqueando los dibujos del agua en la arena húmeda, alejándose de la colina donde permanecía aún el equipo de filmación, dándole la espalda a su última realidad.

Nella se quitó las zapatillas de deporte y continuó corriendo tras él. El corazón se agitó en su pecho más por la sorpresa de la carrera que por el

esfuerzo. Acompasó su respiración, midió la energía y rápidamente calentó los músculos de sus piernas y sintió el característico bienestar general que proporciona el *jogging*. Sonrió para sí misma y comprendió la actitud del especialista. Supuso que estaría harto de encuentros circunstanciales, de periodistas y de admiradores. Nella sabía perfectamente que durante las filmaciones acudía una serie de personajes invitados por cualquiera con una cierta relevancia dentro del equipo y que esos individuos siempre iban a la caza de algún protagonista. Los especialistas suelen convertirse en presas interesantes por la peculiaridad de su vida.

Cooper iba alejándose lentamente de ella, pero Nella no abandonó su carrera, procurando pisar en la zona de arena húmeda, donde sus pies no se hundían dificultando su avance. Miró hacia atrás y vio la colina muy lejos, a más de dos kilómetros. Ignoraba cuántos pensaba correr el hombre, pero todavía tenía reservas para seguirle. Durante muchos años había competido en la universidad y luego, cuando comenzó a trabajar como directora de filmes publicitarios, se entrenaba dos veces a la semana en un gimnasio, corría una hora todas las mañanas y los fines de semana salía a navegar con algún amigo. No podía decirse que su cuerpo espléndido no estuviese en condiciones de aceptar un desafío.

La playa se estrechó y giró ligeramente hacia la derecha en un recodo leve pero continuo que hizo desaparecer el tramo recorrido por la pareja. Nella respiró profundamente por la nariz oxigenando sus pulmones con mayor intensidad y luego reanudó la secuencia de inspiración-espiración que mantenía desde el principio. Se sintió mejor y clavó sus ojos en la espalda del hombre, distante unos cien metros de ella. A su derecha, los médanos crecían en altura y comenzaban a poblarse de árboles y arbustos cada vez más tupidos hasta que una flora boscosa sustituyó a las laderas yermas y se aproximó con su presencia verde y lujuriosa casi hasta el borde de la playa.

Cooper giró el rostro y la vio corriendo a buen paso y sin muestras de fatiga. Había pasado casi una hora desde que iniciara su trote rápido y había cubierto unas ocho millas. Se detuvo y esperó a la muchacha.

Nella llegó a su lado, respiró varias veces, profundamente, y luego levantó los brazos por encima de la cabeza para ampliar la capacidad de sus pulmones. Miró al hombre con el rostro cubierto de sudor. Sentía la blusa pegada a su piel mojada y el tejano a sus piernas como una cáscara pastosa.

—¿Vas a continuar huyendo o el espectáculo ha terminado? —preguntó sin sonreír.

—Hemos llegado —replicó Cooper.

—Estupendo, entonces aguarda un instante por favor.

Se quitó los tejanos y la blusa y los dejó sobre la arena. Llevaba solamente un tanga rojo minúsculo y elástico que aumentaba el atractivo

de sus muslos dorados y perfectos, de las nalgas prietas y redondas, de su vientre duro y pequeño. Los senos desnudos brillaban al sol y la respiración todavía agitada de la mujer los inflamaba maravillosamente.

Cooper recorrió su cuerpo con una mirada ligeramente admirativa.

—Me daré un chapuzón, estoy ardiendo —rió Nella y corrió hacia el mar.

Saltó sobre las olas y cuando éstas se hicieron mayores se zambulló debajo de ellas, alejándose de la playa. Nadó durante unos cuantos metros y luego se dejó estar de espaldas, recobrando el aliento y permitiendo que el sol entibiara su cuerpo mientras flotaba mansamente el compás de sus ideas.

—Al diablo contigo —dijo pensando en el hombre y repentinamente se relajó y gozó simplemente del agua fresca y murmurante, del sol del cielo californiano y del ardor de su propia piel, enervada por el ejercicio.

—Eres toda una atleta —dijo una voz amable a su lado.

Nella giró y se enfrentó a la sonrisa de Cooper. Parecía inconcebible que aquel rostro duro y quebrado por arrugas profundas fuese capaz de transformarse en aquella sonrisa gloriosa.

—¿Dónde has aprendido a sonreír, hombre duro?

—En el cine, es mi escuela, ¿recuerdas?

—¿Estoy aprobada?

—Es mi modo de calificar a los periodistas.

—No soy una periodista, te has equivocado conmigo.

—Has dicho que querías hacerme algunas preguntas.

—Exacto.

—Bien, ¿de qué se trata?

—¿Me invitas a una copa en tu cueva? Me la debes.

—Está bien, vamos allá —rió Cooper y nadaron lentamente hasta la costa.

Cuando salieron del mar se observaron atentamente, sin reparos ni disimulos. Nella parecía una diosa morena en busca de un aplauso universal.

—Tienes un aspecto estupendo —dijo Cooper.

—Tú tampoco pareces un candidato al desguace —bromeó ella observando los músculos duros y protuberantes.

Él no tenía el cuerpo de los físico-culturistas profesionales, deformados por una práctica metódica y asidua, sino la musculatura recia y natural del hombre dedicado al cultivo de una vida dura y exigente.

Recogieron sus ropas y cruzaron la playa en dirección a la fronda que limitaba la cinta amarilla de arena californiana.

—¿Cuál es tu profesión?

—El cine. Hago filmes publicitarios para varias agencias. Trabajo como independiente.

—Parece interesante.
—Lo es.
—Ten cuidado con las espinas, el suelo está cubierto de ellas —recomendó Cooper.
—Si me clavo una de ellas seguramente me la arrancarás con los dientes, das el tipo para esa clase de curaciones.
—Lo haré, no te preocupes.
Ascendieron por una ladera breve, cubierta de plantas y árboles delgados hasta llegar a un claro donde se erigía una cabaña edificada sobre pilares. Parecía una casa lacustre fuera del alcance del agua.
Entre los pilares había un vehículo especial para correr en la arena, una moto adaptada para *cross* y un viejo *MG* inglés de color verde.
La cabaña propiamente dicha era una construcción cuadrada, rodeada por una galería y provista de un doble techo para preservarla de las altas temperaturas.
—¿Dónde está la cueva? —rió ella.
—La llamo suave para desalentar a mis perseguidores.
Una escalera de caracol trepaba hasta la galería y Cooper la invitó a subir.
—Dame la ropa, la lavaré —dijo Cooper.
—Estupendo. ¿Harás también la comida?
—Desde luego. Estás en mi feudo.
—Tomaré el sol en la galería mientras haces las faenas domésticas —bromeó ella.
—Prepara las copas, meteré todo en la lavadora y vendré a escuchar tus preguntas.
—De acuerdo.
Nella preparó las bebidas. Ron, hielo, cáscara de limón y agua tónica con una pizca de vermut dulce. La casa tenía un único salón enorme en el que había librerías, una cama doble, infinidad de objetos decorativos traídos desde todos los rincones del mundo donde Cooper había trabajado, un pequeño taller con todas las herramientas imaginables y dos puertas que comunicaban con el baño y la cocina respectivamente.
—Esto parece hallarse fuera del mundo —dijo la muchacha.
—Ese es mi propósito —replicó Cooper desde la cocina.
Nella salió a la galería y se echó en una tumbona mirando al sol implacable que superaba impertérrito el mediodía.
Cooper se sentó a su lado y cogió el vaso frío.
—Salud, especialista, porque todos obtengamos un éxito —brindó ella.
—Salud, muchacha.
Dieron fin a toda la bebida y rieron por la urgencia de su propia sed.
—Bien, ¿hablamos de negocios? —preguntó él.
—Quiero contratarte por un mes.

—¿Para hacer qué?

—Filmar unas escenas de vuelo libre en México. Sé que eres el mejor especialista y uno de los más experimentados pilotos de ala delta.

—¿Anuncios publicitarios?

—Exacto, aunque sólo será una tapadera.

—¿Una tapadera?

—Sí, una pantalla, una cobertura de nuestro verdadero trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Un robo, Cooper.

El especialista se puso de pie, miró seriamente a la muchacha y cogió los vasos.

—Serviré otra copa.

CAPITULO II

—¿Por qué diablos crees que soy candidato a cómplice de robo? —inquirió Cooper entregando a la muchacha un vaso lleno.

—Porque no se trata de un robo cualquiera.

—¿Estás segura de que soy el hombre que buscas?

Nella sorbió un trago de su vaso, se sentó en la tumbona y miró fijamente al hombre. Conservaba los senos desnudos, tibios de sol y por un instante pensó estúpidamente, que aquella escenografía no se correspondía con el diálogo que mantendría con Cooper.

—Si tu eres Nicholas Cooper, el especialista, el experto en aladeltismo, el hombre que alguna vez estuvo enamorado de France Rosselli y que sintió que algo se desintegraba en su pecho cuando France apareció asesinada..., entonces eres el hombre que busco.

Cooper no apartó sus ojos de ella, y en la frialdad de sus pupilas reconoció un profundo brillo angustiante y antiguo, como el reflejo de una felicidad muerta.

—¿Qué sabes tú de France?

—Ella y yo fuimos amigas hace años, cuando no éramos más que dos estudiantes enamoradizas y soñadoras, en Nueva York.

La voz fuerte y firme del hombre parecía a punto de despeñarse desde un precario equilibrio estudiado y doloroso.

—¿Me ayudarás? —preguntó ella.

—Debes estar loca. Vienes a verme, tú una desconocida, invocando el nombre de... —dudó un instante pero se compuso enseguida—, de France Rosselli y pretendes que te acompañe en alguna locura. ¿Realmente crees que voy a ayudarte?

—Tráeme una camisa, por favor —pidió la muchacha.

Nicholas se puso en pie, la miró durante un segundo y desapareció dentro de la casa. Regresó al cabo de un par de minutos trayendo una camisa tejana y se la ofreció.

Nella se puso la prenda, cruzó los brazos sobre el pecho como si sorpresivamente se hubiese sentido recorrida por un golpe de aire helado y suspiró profundamente.

—Sé quién mató a Frances —dijo sin mirarlo.

—Repítelo.

—He dicho que sé quién mató a Frances —repitió sosteniendo su mirada.

Cooper la cogió por los hombros, la levantó de la tumbona y la sostuvo en el aire, ignorando el daño que le hacía. La muchacha aguantó el dolor.

—No es conmigo con quien tienes que ponerte brusco, amigo —dijo con una calma que estaba lejos de sentir.

Cooper pareció no comprender sus palabras y un momento más tarde la dejó nuevamente en el suelo. Su rostro era una máscara angustiada y dura como el pedernal.

—¿Quién asesinó a Frances?

—Bebe tu copa, la necesitas —aconsejó la muchacha.

Cooper bebió el contenido con rapidez, sin percibir el sabor del alcohol.

—Ahora, dímelo, por favor.

Ella volvió a sentarse en la tumbona. El frío había desaparecido de su cuerpo y estuvo a punto de quitarse nuevamente la camisa.

—La mafia —replicó serenamente.

—Sí, claro… —murmuró Nicholas, dejándose caer en la tumbona contigua.

—¿Lo sabías?

—Lo suponía.

—¿Por qué?

—Frances estaba en Las Vegas, debutaba como cantante en aquel maldito casino y su éxito fue completo. Una semana después aparecía muerta en el desierto, destrozada dentro de su automóvil. Yo exigí una segunda autopsia, que no estuviese amañada. Ella ya estaba muerta cuando chocó con su coche y no había sido una muerte delicada. Tenía los pómulos rotos, el maxilar inferior destrozado y las rodillas aplastadas. Según el médico esas heridas eran anteriores al accidente. El cinturón de seguridad no estaba dañado y jamás pudo haberse golpeado en esas zonas. Un amigo me dijo que la había visto en compañía de unos tipos conocidos en el ambiente sucio, y que ella no parecía dueña de sí misma. También averiguó que había un pez gordo y perverso al que no le negaban nada cuando se encaprichaba. France fue su último capricho y murió por ello.

—Sí, conozco la historia. Y tu amigo, ¿no te dió el nombre de ese pez gordo?

—No, no lo hizo. Iba a averiguarlo, pero no acudió a nuestra cita siguiente.

—¿Muerto?

—¿Tú qué crees?

—Bien, yo sí lo sé.

—¿Cómo?

—Frances me escribió.

—¿Qué diablos estás diciendo? —preguntó Cooper visiblemente excitado.

—Que ella me escribió. Estaba desesperada pero tenía la cabeza sobre sus hombros y entre tú y yo se decidió por mí.

—No lo entiendo, yo hubiese podido ayudarla.

—¿No lo entiendes? Ella sólo pretendió protegerte. Conocía la situación y debió saber que estaba condenada. Si tú ibas a Las Vegas estarías enterrado a su lado.

Cooper se levantó y caminó hasta toparse con la baranda de la galería. Se inclinó hacia abajo como si un cangrejo estuviera devorándole el estómago.

Nella se acercó a él y pasó un brazo por su cintura.

—France hizo lo que debía, Nick.

—¿Tienes la carta?

—No, ella me pidió que la destruyera en cuanto la hubiese leído.

—¿Por qué te escribió?

—Porque tenía que decirle a alguien lo que le estaba ocurriendo.

—¡Mataré al hijo de perra!

—Antes hemos de hablar —insistió ella.

—Quiero su nombre.

—¿No deseas saber por qué te he buscado? ¿Cuál es el robo del que te hablé? ¿Qué relación tiene con el gusano que hizo matar a France?

—Sí, tienes razón. Cuéntamelo todo… por favor.

—¿Puedes enseñarme a volar en quince días?

—¿En ala delta?

—Sí.

—Tal vez.

—Bien. Vístete, iremos al hotel donde me alojo. Allí hay una persona que te explicara todo el proyecto.

Cooper respiró profundamente e intentó una sonrisa.

—No tienes el tipo de la ladrona profesional.

—Y no lo soy.

—¿Cómo te has metido en este asunto entonces?

—Porque será como robar para redimir a France.

—¿Robarle a la mafia?

—Eso es.

—Yo no quiero robarle a la mafia, sólo liquidar al bastardo que asesinó a France.

—Tal vez podamos matar dos pájaros con un único disparo. ¿Qué dices?

—Bien, iré contigo al hotel.

—Estupendo.

* * *

El viejo *MG* se detuvo delante del Dolcester y Cooper descendió para dar la vuelta y abrir la puerta a la muchacha antes de que el conserje lo hiciera.

—Eres un caballero con mala fama —rió Nella—, he descubierto cuál es tu misterio.

—Déjate de tonterías y vamos a hablar con ese *alguien* que me explicará el proyecto.

—Discúlpame, no pretendía molestarte —dijo ella, ofendida por el tono del hombre.

—¿France te habló de mí?

—Claro que sí. Estaba loca por ti.

—¡Maldita sea!

Entraron al hotel y cruzaron el vestíbulo rápidamente.

—Aguarda un instante, veré si Frank está en su habitación —dijo Nella.

—Te esperaré en el bar, creo que necesito otra copa.

—Tardaré sólo un minuto.

El bar era de esos sitios donde uno espera ver aparecer en cualquier momento a Mike Jagger flanqueado por dos actrices de moda, riéndose de los comentarios de Woody Allen. Varias docenas de mesas, con sus respectivas lámparas, sillas de marca y personajes adinerados eran los costosos obstáculos que hallaba a su paso el ejército de elegantes camareros que pululaban por el local. La barra medía treinta metros y protegía a media docena de *barmen* de la borrachera del equipo de filmación que había acompañado a Cooper aquella misma mañana.

—¡Eh, Cooper, ven a beber con nosotros, amigo! —gritó uno de los técnicos.

—No, gracias —replicó Cooper lacónicamente.

—Es inútil —dijo otro del grupo—, jamás conseguirá un amigo para un juego de tenis.

Nicholas ignoró el comentario y se limitó a beber su whisky a pequeños tragos.

En el otro extremo de la barra apareció Nella. Se había cambiado de ropa y vestía un tejano blanco, una camiseta azul y sandalias azules de tacón alto.

Un tipo alto y con el volumen de un ropero de doble puerta se puso en pie y le salió al encuentro. La muchacha sonreía a Cooper cuando la manaza del Atlas cogió su hombro y la hizo volverse con un brusco tirón.

—Hola, zorra —dijo el tipo.

Cooper avanzó hacia ellos.

—¿Qué quieres, bravucón? ¿No has tenido bastante con el aterrizaje forzoso de esta mañana? —le espetó ella, zafándose de su mano.

—Voy a enseñarte educación, golfa.

—Ya está bien —dijo ella.

La mano izquierda del gigantón aferró los cabellos de la muchacha y le aplicó una sonora bofetada con la derecha. Nella recibió el impacto pero no hizo nada por zafarse de él sino que levantó violentamente su pierna

derecha y hundió el fino tacón de su sandalia en la rodilla del hombre, justo en la rótula. El gigantón lanzó un gruñido pero no soltó su presa. Esta vez cerró el puño y estaba a punto de descargarlo sobre ella cuando Cooper lo cogió por la muñeca y la retorció obligándolo a soltar a la muchacha y a arquearse hacia atrás para no caer.

—Ya es suficiente, lárgate —dijo Nicholas con serenidad.

Soltó la muñeca del hombre y Max se precipitó al suelo rugiendo. Tenía el rostro rasguñado por la caída y los ojos inyectados en sangre y alcohol.

—Aléjate —sugirió Cooper a la muchacha, que retrocedió hasta la barra.

Un grupo de bebedores entre los que se hallaban los miembros del equipo de filmación, rodeó a los contendientes.

Max se puso de pie como un búfalo enloquecido y armó una guardia de peso pesado acostumbrado al *knok-out*.

—Déjalo ya, no tengo nada contra ti —advirtió Nicholas.

—Vamos, Max, bebe una copa y olvídalo, chico —sugirió el mismo operador que antes invitara al especialista.

Max apartó al hombre de un empellón y lo arrojó contra el resto de amigos que rodaron por el suelo del bar.

—Voy a romperte los huesos, héroe —dijo Max a Nicholas—, Y luego me haré cargo de la zorra.

—Está bien, amigo —aceptó Cooper.

Max se lanzó sobre él con su cuerpo de gorila hiperdesarrollado enviándole dos puñetazos seguidos que hubiesen sido suficiente para demoler un edificio de mediana altura.

Nicholas se movió con rapidez, los brazos colgando junto a su cuerpo, y evitó los golpes.

El gigante frenó su embestida y lo buscó con los ojos.

—Deja de bailar y pelea, hijo de perra.

—Está bien, amigo —repitió Cooper.

Esta vez se escabulló del ataque por debajo de los brazos del hombretón y llegó junto a la muchacha.

—¿Qué fue lo que le hiciste? —preguntó a Nella.

—Lo arrojé por la ladera de la colina. No quiso dejarme presenciar tu actuación —replicó ella sin ninguna muestra de temor.

Max lanzó un alarido demencial y saltó hacia Cooper. Esta vez no lo esquivó. El juego debía acabar de una vez. Se limitó a apartarlo con el antebrazo derecho y a aplicarle un codazo feroz, de arriba abajo, en el centro de la espalda. Max aspiró como un fuelle y Nicholas lo sujetó por los cabellos, lo hizo girar y lo golpeó con el puño cerrado en la frente; sin soltarlo, alzó el rostro estupefacto y malherido del gigante y le conectó un cross contundente en la mandíbula. Entonces lo soltó y el corpachón cayó desparramado sobre el suelo.

—Ven, salgamos de aquí —dijo Nella.

—¿Está disponible tu amigo?

—Sí, está esperándonos.

—Bien.

Subieron al ascensor y la muchacha pulsó el botón de la séptima planta. Miró a Nicholas por el espejo, mientras acomodaba sus largos cabellos castaños y dijo:

—Ese rinoceronte podría haberte despedazado.

—Sí, y también podría atragantarme con una espina —replicó Cooper con la vista fija en la puerta del ascensor.

—¿Siempre te muestras tan seguro cuando corres peligro?

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, no comenzaste a gritar como una gacela histérica. Te limitaste a hundirle el tacón en la rótula.

—Está bien, no haré más preguntas.

—Estupenda idea, muchacha —replicó él, gravemente.

Salieron del ascensor y recorrieron un largo pasillo hasta la habitación del extremo. Nella golpeó, abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar pasar a Cooper.

—Hola, Nicholas —saludó Frank Donovan.

—Hola.

—¿Sorprendido? —preguntó Nella.

—Has dicho que no harías más preguntas —le recordó Cooper y volviéndose hacia el productor añadió—: ¿cuál es el juego, Frank?

—¿Una copa?

—Whisky —aceptó el especialista.

—Yo las serviré —se ofreció Nella.

—Bien, Cooper —comenzó Donovan—, Nella Flagar es mi sobrina, hija de mi hermana menor. Es una chica alocada y empecinada aunque debo reconocer que sabe lo que hace.

Cooper cogió el vaso de whisky que le tendía la muchacha y aguardó a que el productor continuara.

—Hace varios meses me enteré que una persona que a ambos nos interesa había robado algo muy importante. Se trata de una estatuilla de oro procedente de una colección privada y que venía destinada al museo arqueológico de Nueva York.

—Yo trabajo en el departamento de arqueología de ese museo —explicó Nella.

—Adelante —dijo Cooper.

—Bien. El avión en que venía esa estatuilla desapareció. Era un vuelo particular. Lo buscaron durante un par de meses y luego se decidió que había caído al mar. El hecho es que ese avión también llevaba otra carga.

—Entiendo, ¿drogas?

—Eso es, Nick. Alguien de la tripulación era de la mafia. Jamás se supo qué fue de! resto de la tripulación. La versión oficial dictaminó que el avión se había perdido sin que hubiese supervivientes.

—¿Cuál es la versión, Frank?

—Alguien llevó el avión hasta un campo de aterrizaje particular, descargó la droga, eliminó a la tripulación e hizo desaparecer el avión.

—Ya.

—¿Qué te ocurre, Nicholas? —inquirió la muchacha.

—Tienes que reconocer que esta historia es un poco… fantástica.

—Lo es, Cooper —terció el productor—. Escúcheme con atención, mi interés es obtener su ayuda, pero si decide no hacerlo sé que es un sujeto digno de confianza, de modo que sea cual fuese su decisión voy a hacerle un relato completo.

—¿Cómo sabe quién fue el autor del robo y asesinato? —preguntó.

—Porque un conocido me describió la estatuilla. La había visto en la residencia de un viejo jefe mafioso que se ha retirado. El tipo en cuestión no sabía nada de la estatuilla, se limitó a describirla de un modo casual. Yo estaba allí y escuché su descripción. No hay duda, es la estatuilla que estamos buscando.

—¿Por qué no avisar a la policía? —sugirió el especialista.

—Porque no hallarían la estatuilla; porque la residencia de nuestro hombre está en México y porque no tenemos ninguna prueba. Sólo una firme convicción de que nuestro hombre es el autor del robo.

—¿Por qué entras tú en esto, Nella?

—Entre otras cosas mi trabajo consiste en recuperar los objetos «perdidos» para el museo arqueológico.

—¿Y usted?

—Pertenezco a la dirección del museo. La arqueología es mi verdadera vocación —explicó el productor.

—De modo que Nella le informó que su hombre era también el asesino de Frances y que yo…

—France es importante en esta historia, Nicholas —intervino Nella—, pero lo fundamental de tu apoyo es tu experiencia como piloto de ala delta. Frank, ¿quieres traer el proyector, por favor?

CAPITULO III

La película no era de buena calidad y revelaba que el camarógrafo no había trabajado cómodamente. Se veía una playa desierta sobre la cual caía un acantilado escarpado de unos doscientos metros. En la cima, rodeada por una muralla, destacaba una construcción amplia, dividida en varias alas, protegida por árboles frondosos y adornada con parterres floridos.

—No reconozco el sitio —dijo Nicholas.

—Fíjate bien en su emplazamiento —indicó Nella.

La fastuosa villa tenía arquitectura típicamente mejicana. Parecía un cortijo construido en la cima inaccesible de aquel peñón rocoso que vigilaba el océano.

—Ese camino que se ve a la izquierda es el único que lleva a la entrada y hay tres puestos de guardia. No creo que pueda llegarse por él ni siquiera provisto con un tanque.

—¿Por qué tanta seguridad si el hombre está retirado? —inquirió el especialista.

—Porque aún cuando no participa activamente en los negocios, su villa es ideal como... depósito. Además, la mafia no es una asociación homogénea y unificada. Dentro de ella existen rencillas que no suelen resolverse amistosamente.

—No es necesario que me explique de qué va la mafia —comentó Cooper fríamente.

La película mostró los alrededores del peñón. Realmente el único modo de entrar en la villa empalizada era por el aire.

—Es increíble que su... conocido haya podido entrar en esa fortaleza y visto la famosa estatuilla —añadió Cooper.

—No era conocido mío. Escuché por casualidad su comentario en una reunión y reconocí la estatuilla porque se trata de una pareja haciendo el amor. Es una de las reliquias eróticas más preciadas. El tipo que habló de ella no se refería a su valor artístico sino a su componente sexual. Usted ya me comprende.

—Sí, claro que lo entiendo. Usted y Nella deciden recobrar una pieza artística birlada al museo arqueológico durante una operación de la mafia. Necesitan alguien que entre en el sitio y da la casualidad de que yo soy especialista y mi novia... France... —su voz se quebró durante una fracción de segundo pero se rehízo enseguida—, fue la víctima inocente del cabrón que se ha hecho con la estatuilla. Es demasiado absurdo.

—Pero es la verdad —dijo Nella gravemente—. Tal vez te sorprenda

porque eres uno de esos individuos duros, acostumbrados a andar por la vida como una locomotora ciega, pero Frances y yo éramos amigas de verdad, compartimos una etapa importante de nuestra vida y fuimos felices en Nueva York. Cuando recibí su carta poco antes de su muerte, dos días antes exactamente, y durante esos dos días me volví loca procurando hallar una solución a su problema. Y no tenía solución. Estaba atrapada y lo sabía. Ella decidió y yo no pude intervenir en su decisión. ¿Por qué no fui a la policía? Sí, tal vez debí hacerlo, pero... ¿de qué habría servido? ¿Crees que aquella carta hubiese sido una prueba contra Tomás Borletto?

Donovan miró severamente a la muchacha pero Nella no se dio por aludida.

—Sí, Tomás Borletto, el mismo que durante años se paseó por las páginas policiales de todos los periódicos de la costa oeste —dijo Nella mordiendo las palabras—. Escucha, Nick, tal vez hubiese podido hacer algo entonces, pero no lo hice y pasó la oportunidad. Honestamente no creo que hubiese servido de nada. La mafia tiene dinero, los políticos necesitan financiar sus campañas y el poder de los políticos favorece algunos negocios de la mafia Reúne todos estos eslabones y llegarás a la misma conclusión a que llegué yo entonces.

—¿Una estatuilla? —preguntó Cooper con desprecio.

—Sí, una estatuilla —repuso Donovan.

—No se trata solamente de la estatuilla, aunque es realmente valiosa. Se trata de algo más.

Cooper la miró fijamente.

—Ya me voy —dijo Donovan— Mi misión es solamente la de financiar la campaña de recuperación de la estatuilla erótica. El resto es algo que no me concierne.

Salió de la habitación como si la atmósfera hubiese comenzado a intoxicarlo.

—Un caballero susceptible —dijo Cooper.

—Es mejor que sea así, Nick —explicó ella, conciliadora—. Hay dos cosas que podemos hacer si conseguimos la estatuilla.

—Explícate.

—Primero, demostrarle a la mafia que no es invulnerable y la residencia de Borletto es el sitio ideal para nuestro experimento.

—¿Qué más?

—He estado observando el lugar durante cuatro meses y entre los días veinte y veintitrés de cada mes se dobla la vigilancia y llegan varios automóviles a la villa. Si conseguimos nuestro objetivo dentro de esas fechas tal vez se les ocurra pensar que alguien de dentro de la organización se ha vendido. ¿Comprendes?

—¿Una moderna guerra entre pandillas?

—Pareces asombrado —dijo Nella.

—No, no lo estoy. Leo los periódicos y me entero de algunas cosas. La única diferencia con aquellas batallas durante la Ley Seca reside en que hoy la tecnología es más avanzada, las bandas operan a nivel internacional y funcionan como multinacionales del crimen. No, muchacha, no estoy sorprendido.

—¿Entonces...?

—Voy a ayudarte, pero Borletto es mío.

—Es cosa tuya.

—Bien.

—Hoy es dos de junio. ¿Crees que podré estar preparada para volar el día veinte?

—Tú no vendrás.

—Ni hablar.

—Jamás podrás hacerlo.

—Soy la que ideó todo el plan, amigo —dijo ella fríamente.

—Ya hablaremos de ello, ahora no hay tiempo que perder si queremos tener alguna oportunidad de éxito.

—¿Qué necesitamos?

Cooper la miró con tristeza.

—Todo lo que necesitamos es mantener el corazón congelado —replicó serenamente.

* * *

—Este ala es una evolución de la Rogallo original. Es blanda y puede ser transportada por un solo hombre. El ángulo del morro es de 110 grados por lo que se ha aumentado su eficacia desde que se construían con ángulos de 90 grados.

Estaban sobre la colina de prácticas, y Nella escuchaba atentamente las indicaciones del especialista.

—La idea es sencilla —continuo Cooper—: Al igual que cualquier otro artefacto más pesado que el aire, el ala delta vuela únicamente cuando la corriente de aire pasa a una velocidad suficiente por la superficie de sustentación de manera que ésta pueda elevarse. La velocidad relativa del aire que se necesita es de 25 a 30 Km. por hora. La velocidad máxima que puede alcanzar es de unos 80 km. por hora. Por encima de los 80 km. La resistencia al avance que se genera atenta contra el buen funcionamiento del ala delta y se pierde altura. ¿Comprendes?

—Sí.

—Bien. El control de un ala delta consiste en saber exactamente qué movimientos deben realizarse, controlar las ráfagas de aire y las turbulencias. Cualquier gesto o movimiento puede afectar el vuelo, de modo que todo lo que se exige es un poco de... dulzura a la hora de volar.

¿Comprendido?

—Sí. ¿Cuáles son esos movimientos?

—Mira —dijo Cooper sujetándose el arnés y cogiendo la barra de control—. Para volar más rápidamente y bajar en picado muevo mi cuerpo hacia adelante, de este modo. Para reducir la velocidad muevo mi cuerpo hacia atrás. Para girar a derecha e izquierda, traslado mi cuerpo hacia la derecha o la izquierda. De este modo.

—Entiendo.

—La posición neutral es ésta: la barra a la altura del estómago y a unos treinta centímetros del cuerpo.

—Déjame probar.

Nella sujetó el arnés a su cuerpo y realizó todos los movimientos que Cooper había hecho.

—Bien. Para despegar hay que colocarse mirando hacia el viento y alzando lentamente el ala hasta que se llene de aire y se convierta en la necesaria superficie de sustentación. Entonces avanzas a la carrera empujando la barra de control hacia afuera, de este modo, para levantar el morro. En cuanto el ala vuele, se desplaza el cuerpo hacia adelante, tirando hacia uno la barra de control. Inténtalo, ¿quieres?

Nella repitió todos los movimientos. Cooper corrigió algunos errores y la hizo repetir una y otra vez la operación.

—¿Y el descenso?

—Miras el viento, desciendes frenando, es decir, aumentando el ángulo de! ala respecto a la corriente de aire, lo que se llama el ángulo de incidencia, empujando hacia afuera la barra de control y desplazando el peso del cuerpo hacia atrás. Mira, se hace de este modo.

Cooper realizó la operación ante la mirada atenta de la muchacha.

—Parece muy sencillo —comentó Nella.

—Lo es si te atienes a las reglas. Los accidentes generalmente le ocurren a los imbéciles que pretender convertirse en pájaros de la noche a la mañana.

—Tengo paciencia, no te inquietes por mí.

—Ahora voy a volar para que observes mis movimientos. Esta colina tiene unos doscientos metros. Procuraré mantenerme muy cerca para que puedes detectar claramente lo que hago. Luego descenderé en la cima.

—De acuerdo.

Cooper sujetó el arnés, cogió la barra de control, enfrentó el viento y comenzó a levantar el morro para embolsar el aire. Cuando lo hubo conseguido corrió un par de metros y alzó el vuelo. Describió un amplio giro y pasó a unos ocho metros de la muchacha. Movió el cuerpo hacia la derecha y después hacia la izquierda para indicar el modo de realizar los giros y luego alejarse un centenar de metros. Un segundo giro colocó el ala en la dirección del viento y emprendió el regreso. Al llegar a las

proximidades de la cima se dejó desviar gradualmente hacia atrás con un ángulo de inclinación escaso, por encima de la cresta orográfica. Entonces, cuando llegó al punto elegido para el descenso, giró contra el viento y aterrizó suavemente, con las piernas flexionadas. Bajó el morro del ala y se quitó el arnés.

—¡Estupendo! —exclamó Nella, aplaudiendo como una novata ante una exhibición particular.

—¿Has observado todo atentamente? —preguntó Cooper.

—Ha sido fantástico —rió ella—, ¿Cuándo crees que podré hacerlo?

—En un par de días, tal vez tres.

—¿Y mientras tanto?

—Estudiarás conmigo todo lo que hay que saber teóricamente: el tipo de vuelos, los aterrizajes, las modificaciones del viento, el vuelo de altura, la gradiente del viento, las reglas del aire, etcétera. Hay mucho trabajo por delante.

—Sí, ya lo veo —gruñó la muchacha.

—¿Crees que puedes volar con lo que sabes? —preguntó Cooper mientras comprobaba el montaje del ala.

—Puedo intentarlo —replicó ella, desafiante.

—Bien, ven conmigo.

Cooper cogió el ala y descendió de la cima hasta una altura de cuarenta metros sobre el nivel de la base de la colina.

—¿Quieres decir que puedo probar... ahora?

—Si lo deseas puedes intentarlo.

—¡Claro que sí!

La ayudó a ponerse el arnés y cuando estuvo dispuesta le repitió cada paso a seguir, con paciencia, procurando que ella los repitiera. Nella parecía absolutamente entusiasmada y replicaba automáticamente a las preguntas de su interlocutor. Cooper sonrió para sí y le dio una palmada en las nalgas.

Ella lo miró sorprendida, lanzó una carcajada y levantó el morro para embolsar el aire, cuando lo consiguió comenzó a correr. El ala se elevó y los pies de la muchacha abandonaron el suelo. Pero cometió un error característico en los principiantes: prestó más atención a la carrera que al ángulo de incidencia y cuando lo comprendió tiró hacia ella de la barra de control e inmediatamente su cuerpo se movió hacia la derecha. El ala se precipitó a tierra. Sólo estaba a dos metros de la ladera y rodó por ella.

Cooper corrió hacia ella y la ayudó a quitarse el arnés. Los ojos de la muchacha echaban chispas. Se quitó el casco protector y dejó que el cabello flotara en el aire.

—¿Has comprendido? —preguntó Nick.

—Maldito...

—Tranquila, ¿no eras tú la muchachita atrevida que deseaba

intentarlo? Ahora que conoces las reglas del juego deja que sea yo quien decida cuándo lo harás. Sin embargo te confieso que no lo hiciste del todo mal. No hay como la experiencia para aprender cuáles son nuestras propias limitaciones.

—Lo siento, no quise insultarte.

—No te disculpes y ayúdame a recoger el ala.

Cuando descendieron hasta el sitio donde estaba aparcado el *MG* el sol comenzaba a declinar.

—¿Te llevo al hotel? —preguntó Nick.

—No, vamos a tu cueva. Quiero beber un buen trago sin necesidad de conversaciones absurdas.

—De acuerdo.

Condujo el *MG* hasta la cabaña y acomodó el ala en el garaje. Cuando subió a la galería el sol era ya una gota anaranjada fundiéndose en el límite del océano.

—Brindo por ti, eres un extraño instructor pero se aprende a tu lado.

—Salud, muchacha —dijo Cooper y alzó su copa antes de beber.

—Tengo hambre y me gustaría ducharme.

—Allí está el cuarto de baño. Prepararé algo mientras te duchas.

—¿Sabes, Nicholas? Eres un individuo capaz de poner frenética a una persona y luego hacerla sentir avergonzada por ello.

—No soy perfecto, Nella. Nunca lo he sido y tampoco creo que valga la pena. France lo comprendió a tiempo y decidió aceptar su oportunidad en Las Vegas.

Nella lo observó mientras se dirigía a la cocina. La invocación de France había destrozado el dulce ambiente de intimidad que se había creado entre ambos.

Entró en el cuarto de baño, se despojó de las botas y el mono reforzado, miró las magulladuras de su hombro, sonrió al espejo y dejó que el agua caliente y luego helada revitalizara sus músculos doloridos.

Se vistió con una falda amplia y ligera color verde musgo y una blusa en un tono apenas más claro. Abrió la puerta del cuarto de baño y se dirigió descalza hacia la cocina.

—¿Qué has preparado?

—Nada demasiado especial, revoltillo de huevos y queso envuelto en jamón dulce. ¿Cerveza?

—Cerveza.

Comieron en silencio, gozando de la brisa marina que llegaba desde el crepúsculo del horizonte.

—¿Quieres quedarte aquí mientras te entrenas y preparamos los detalles? —preguntó Cooper sin mirarla, atento a los dibujos que la espuma diseñaba en la superficie de su cerveza.

—¿No te molestaré?

—Será más cómodo. Mañana comenzamos a las seis de la mañana.

—Está bien Iré a buscar mis cosas.

—Mañana —dijo Cooper—, Mañana cuando acabe la práctica de la tarde te acompañaré al hotel y liquidarás la cuenta. ¿De acuerdo?

—Está bien —replicó ella, mirándolo a los ojos.

—Tú lavas los platos, muchacha —dijo él, levantándose y entrando en el salón.

Nella cogió la vajilla y la llevó a la cocina. Lavó los platos y regresó al salón.

—Siéntate, la lección aún no ha concluido —observó Nick.

Se sentó en un sofá ante el aparato de televisión. Nick puso una cassette en el video y se sentó a su lado.

—Tengo unas buenas filmaciones y es imprescindible que las veas.

Nella encendió dos cigarrillos y puso uno entre los labios del hombre.

En la película, un piloto cometía todos los errores imaginables y luego explicaba cuál era el modo correcto de volar, para evitar que esos errores culminaran en catástrofe.

—Si el ala entra en pérdida —explicó Cooper—, es decir, si la velocidad se reduce más allá del límite necesario para la sustentación, se puede caer en picado a tierra. Es necesario aprender a corregir la pérdida antes de que se esté demasiado cerca del suelo y resulte peligroso. Fíjate.

El piloto de la película caía en barreno y conseguía por fin recuperar el vuelo.

—¿Quién es el loco que hace todas esas piruetas? —preguntó Nella.

—Yo —dijo Nick sin mirarla.

—Ya, tendría que haberlo supuesto.

A las diez de la noche Cooper apagó el televisor, la besó en la frente y salió a la terraza. Ató una hamaca paraguaya, de fibra tejida, entre dos travesaños de la galería y se tendió allí.

Nella lo observó desde la puerta.

—Puedes utilizar mi cama, dormiré aquí. Hasta mañana, muchacha y que descanses bien. Tendremos un día duro.

—Buenas noches, ogro —dijo Nella.

CAPITULO IV

Los cinco días siguientes resultaron más duros de lo que ella había previsto. Gimnasia, clases teóricas, repeticiones hasta la saciedad de lo aprendido y luego un solo vuelo, corto y bajo, sujeto por Cooper desde tierra.

Así día tras día.

Cuando el sol declinaba regresaban a la casa y sólo tenían tiempo de comer algo, ducharse y dejarse caer sobre la cama como cadáveres con buena salud.

—¿Café, señor?

Cooper abrió los ojos, sonrió a la muchacha, se incorporó en el sofá y cogió el tazón humeante.

—Buenos días —saludó—. ¿Qué hora es?

—Las seis menos cinco de la mañana. Está nublándose.

—Hoy te has despertado muy temprano.

—Puse la alarma de mi reloj de pulsera y me mentalicé para escucharla a las cinco y media. Quería preparar el café, aunque sólo fuera una vez.

—Gracias, está muy bueno.

—Soy experta en química —sonrió ella.

Cooper se puso de pie y caminó hasta la puerta de la cabaña. La abrió y salió a la galería. Vestía un pantalón pijama y en el torso descubierto se veían finísimas cicatrices pálidas sobre la piel morena.

—Es un milagro que todavía estés vivo —bromeó Nella.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Nicholas sin volverse.

Nella pasó un dedo tibio por la serie de cicatrices que flanqueaban su espina dorsal. Percibió el estremecimiento del hombre y retiró el dedo.

—Las cicatrices... ¿Cómo ocurrió?

—No pertenecen a un único accidente.

—¿Qué te ocurrió en la espalda?

—Prefiero no hablar de ello.

—¿Por cábala?

—No, no es eso. Es de mal gusto y no me agrada comenzar el día clave con una conversación sangrienta.

—¿El día clave? —preguntó Nella.

—Eso he dicho. Hoy es el día.

—¿Quieres decir que ya puedo volar sola?

—Sí señor.

—¡Oh, eres un amor! —exclamó Nella, lo besó ostentosamente en la mejilla y corrió a buscar el equipo.

Cooper se volvió a mirarla. Era hermosa y dulce, enérgica y sugestiva, vital y consciente, audaz y paciente. Le recordaba a France, Ella también era así, una extraña mezcla de miel y esquirlas de acero.

La ayudó a colocar el equipo en el *MG* y partieron rumbo a la colina de prácticas.

El entusiasmo de la muchacha lo obligó a olvidar el peso del equipo. Cuando llegó a una terraza, aproximadamente a cincuenta metros del nivel del mar, se detuvo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Nick.

—Bien, tranquila. Cuando llega el momento de la verdad me comporto como si tuviese las venas llenas de mercurio.

—No voy a explicarte nada más. El viento es el apropiado y no hay señales de que vaya a cambiar. Armarás tú el ala y serás responsable de lo que hagas.

—De acuerdo, maestro.

Todos los elementos del ala delta estaban parcialmente montados. Nella colocó el aparato plegado, con el morro enfrentando al viento y hacia abajo, extendió entonces los cables tensores y colocó el poste principal y el bastidor de control en posición vertical. Sujetó luego con precisión los demás tubos, convirtiendo el aparato en una estructura rígida. Mientras colocaba los tubos del borde delantero fue extendiendo la vela e introduciendo las varillas de sujeción en sus respectivos orificios. Finalmente, y bajo la atenta mirada de Cooper, colocó los deflectores en posición. Cuando hubo terminado dio una vuelta alrededor del aparato y examinó a conciencia todas las conexiones, revisó la tela en busca de algún desgarrón y luego, apartándose un poco del ala, observó su montaje simétrico y la perfecta rigidez de los tubos. Se volvió entonces hacia Cooper y le sonrió.

Cooper permaneció inmutable mientras Nella se ponía el mono reforzado y luego un anorak. Cogió el casco y lo ajustó debidamente antes de sujetarse el arnés y comprobar que la grapa que lo conectaba al ala estaba limpia.

—¿Y bien?

—Adelante —dijo Cooper.

—Gracias, Nicholas.

Sujetó el arnés al ala y levantó el morro buscando el aire que hincharía la tela. Cuando lo hubo conseguido respiró profundamente y echó a correr hacia el extremo de la terraza. Levantó el vuelo inmediatamente y esta vez el ángulo de incidencia fue correcto.

Cooper la observó mientras se alejaba, manteniendo la altura, de cara al viento.

Durante diez minutos se sintió pájaro, miró la tierra como una mole entrañable y ajena y reconoció una belleza nueva en el paisaje que la

rodeaba. Sentía el viento, la resistencia del ala delta, los sonidos de la estructura y su propio cuerpo.

Su cuerpo era un instrumento, una herramienta eficiente y entrenada de la que dependía el éxito o el fracaso de aquella experiencia maravillosa e indescriptible.

Y entonces giró lentamente. Primero hacia la izquierda, controlando el viento, la distancia a tierra y la velocidad de giro. Repitió la misma operación hacia la derecha, tomando como referencia un viejo pino alto y prepotente y luego, sólo cuando estuvo segura de que había conseguido realizar lo que había aprendido, sin riesgos innecesarios, volvió a enfrentarse con el viento y comenzó a descender.

Cooper corría debajo de ella, trotando con lentitud.

La velocidad del ala en el aire era de 40 Km. por hora, pero el viento en contra debía tener una velocidad aproximada de 25 km. por lo que el avance real del aparato, sobre el suelo, era sólo de 15 km.

Nella realizó un descenso estupendo y cuando sus pies rozaron el suelo corrió un par de metros y frenó. Inmediatamente bajó el morro y se quitó el arnés.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó alegremente.

—Vamos, te lo diré al cabo de cinco o seis pruebas. Todavía no sé si ha sido eficacia, talento o simplemente buena suerte.

Esta vez fue ella la que cargó con el ala para regresar a la terraza, a cuarenta metros. Realizó dos vuelos más desde esa altura, siempre con el viento en contra, alejándose de la colina. En un aterrizaje rozó un matorral y sufrió una caída aparatosa. Los últimos vuelos fueron desde la siguiente terraza, a setenta metros de altura y consiguió dos descensos impecables.

—Tienes verdadero talento, muchacha —dijo Cooper ayudándola con el artefacto y el arnés.

—¿Lo dices de verdad?

—¿Crees que sería capaz de mentirte?

El tono de la pregunta resultó demasiado grave para lo que significaba la frase y Nella lo miró durante algunos segundos, incapaz de comprender si estaba bromeando o hablaba seriamente. Los ojos verdes no ocultaron un brillo triste y difuminado.

—¿Qué te ocurre, Nicholas?

Cooper pareció recobrarse, movió la cabeza de un lado al otro como si pretendiera arrojar fuera de ella un recuerdo molesto.

—Nada, lo siento, no me ocurre nada.

—¿Se trata de Frances?

—Sí.

Nella se acercó a él, acarició su cabello negro y lacio, y cuando habló lo hizo con una ternura que ella misma desconocía.

—Nicholas, ella está muerta y tú no eres el culpable. Me gustaría poder

ayudarte, del modo que sea…

Durante un largo momento pensó que el hombre iba a reaccionar con violencia y luego comprendió que esa violencia era interior, estaba enfadado consigo mismo.

—Por favor, necesito tiempo —dijo misteriosamente y continuó con su trabajo.

—¿Hemos terminado por hoy?

—Sí, no es conveniente fatigarse demasiado. Todo lo que necesitas es un descuido, un poco de frío, los músculos doloridos y entonces puede suceder algo que te haga temer volar.

—Eso no ocurrirá conmigo. He probado el milagro y ya no podré olvidarme de él.

Cooper sonrió, se llevó a la espalda el artefacto y se dirigió al *MG*.

—Vamos, nadaremos un rato y dejaremos que los músculos se relajen.

Dejaron el *MG* y el equipo en el garaje y subieron a cambiarse. Por alguna razón que no atinó a adivinar, Nella conservó el sostén del bikini, algo que no hacía desde que era una adolescente adoradora del sol californiano.

Caminaron de la mano hasta la orilla del mar y luego, movidos por una orden silenciosa, corrieron, saltaron sobre las olas y zambulléronse como delfines en las frías aguas del Pacífico.

Nadaron durante una hora y regresaron a tomar el sol. En silencio, como cómplices de algo que todavía no les había sucedido, se dejaron ganar por el sueño.

Cooper no se durmió. Se puso de pie y miró a la muchacha que dormía profundamente. Era realmente arrebatadora. Su belleza parecía un reclamo que se comunicaba con un añejo instinto oculto en su memoria y su carne como un felino al acecho.

Fue hasta la cabaña, preparó unos bocadillos, huevos duros, cogió de la nevera un par de cervezas y llenó un termo con café. Regresó junto a Nella y la miró con una intensidad que la apartó del sueño y le hizo abrir los ojos. El sol caía por el arco del oeste. Nella se dio la vuelta y sonrió.

—¿Tienes hambre?

—Estoy famélica —replicó riendo.

—Bien, ¿a qué esperas?

Comieron con buen apetito y bebieron sedientos las cervezas. Cuando llegó el momento del café Nella se sentó con las piernas en la posición de loto y Cooper vio las marcas de la primera caída en su abdomen debajo de los senos aprisionados por el sostén.

Pasó sus dedos por la piel lastimada y Nella percibió la vibración del hombre en el fondo de sus huesos.

—Tengo algo que hacer, volveré antes de que anochezca —dijo Cooper. Se puso de pie, recogió los desperdicios y se marchó.

Nella se negó a reflexionar sobre la actitud del hombre. Se quitó el sostén, estiró los brazos como una danzarina ebria de sol y se quedó muy quieta, gozando de los últimos rayos.

Una hora y media más tarde Cooper regresó provisto de todo lo necesario para preparar una barbacoa, dispuso la parrilla, encendió el carbón y fue en busca de la muchacha.

Nella dormía profundamente, en la misma posición en que se había acomodado. El tono cobrizo de su piel contra la arena oscurecida por el rojo resplandor del crepúsculo parecía el producto de un pintor impresionista. La miró largamente, recorriendo sus piernas perfectas, la minúscula muesca de la tanga y la gloriosa presencia de los pechos.

Apoyó una mano en su hombro y la muchacha abrió los ojos.

—Puedes nadar quince minutos para refrescar ese cuerpo de diosa sensual y luego ven a gozar de mi regalo.

—¿Qué regalo? —preguntó sonriendo.

—Siempre agasajo a mis mejores alumnos con una cena a la luz de la luna.

Nella acarició la mejilla áspera por una barba de dos días y corrió hacia el mar.

* * *

Vestida con una camisa tejana sobre el cuerpo desnudo y sandalias de cuero, Nella se echó hacia atrás en su sillón y miró los restos de las costillas asadas. Había sido un verdadero festín.

—Eres un individuo con grandes cualidades para llegar a ser un marido perfecto.

—Tal vez, pero sólo son técnicas de soltero seductor.

—¿Pretendes seducirme?

—¿Quieres una copa?

Cooper desapareció en busca de una botella, perseguido por la sonrisa embriagadora de la mujer. Había una parte de él que se negaba a aceptar el compromiso. Su vida era ahora independiente, completamente libre y no deseaba perder el dominio de sus actos. Sabía que era un solitario y que extrañaba un proyecto de pareja sólido y tonificante, pero desde que France muriera asesinada e incluso antes, cuando ella lo puso entre la espada y la pared y le exigió que dejara aquella vida arriesgada y peligrosa, ya entonces supo que la perdería y que sería muy difícil hallar un equilibrio entre su profesión y su vida afectiva.

Tenía miedo de Nella Flagar, ésa era la verdad. La temía porque la muchacha parecía naturalmente dispuesta a intervenir en la vida peligrosa que él había elegido, y parecía estimular su propensión a la locura proponiéndole el plan demencial para el que se estaba entrenando.

Cuando regresó a la galería, Nella había recogido los platos sucios y limpiado la mesa.

—*¿Cognac?*

—Muy poco —aceptó ella encendiendo dos cigarrillos.

Intercambiaron copas y cigarrillos.

—¿A qué le temes, Nicholas?

—¿Qué tienes allí, en el muslo?

—No es nada, sólo un golpe de aquel aterrizaje forzoso —sonrió ella.

—Déjame ver.

Cooper palpó la zona golpeada y comprobó que efectivamente no era nada grave. Cuando levantó la vista hacia la muchacha ella lo miraba intensamente.

Cooper no quitó la mano de aquel muslo tibio y estremecido. Se inclinó hacia ella y la besó con deliberada delectación en los labios.

—¿Cooper...? —murmuró Nella y él la alzó entre sus brazos para llevarla al interior de la cabaña—. ¿Cooper...? —repitió la mujer, atrapada en una voluptuosa onda pasional, atravesada por la presencia del hombre, reclamándolo con una furia salvaje.

Y cayeron en la cama para buscarse entre trozos de memoria, sumergidos en un placer depredador.

* * *

—Bebe el café y vístete —ordenó Cooper, besándola en los labios—. Tenemos una misión que cumplir, ¿no es así?

—Ven aquí y bésame como es debido, ogro.

—Nada de eso, es hora de trabajar. ¡Fuera de las sábanas!

El humor del duro especialista solitario parecía haberse transformado por completo. Nella descubría en él una nueva manera de enfrentarse a la vida, más abierta y natural.

Se vistió de prisa y lo ayudó a colocar el ala delta en el *MG*.

—¿Cuál es el plan para hoy, maestro?

—Giros pronunciados, control del viento y orientación. Será una dura jornada. Es imprescindible que aprendas todos los trucos, tal vez no sea necesario, pero si vienes conmigo a esa maldita villa no quiero que corras más riesgos que los previstos.

—A la orden, señor.

—Te lanzarás desde la cumbre y procurarás mantenerte en el aire todo el tiempo posible. Puedes practicar con las corrientes térmicas de la colina, pero siempre dentro de los límites convenidos. Llevarás un pequeño emisor-receptor en el casco y obedecerás todas mis instrucciones. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Nella montó el ala y vistió sus ropas de piloto. Miró a Cooper antes de conectar el arnés a la estructura del ala y disponerse a partir.

—Ten cuidado y no pierdas los nervios. ¿De acuerdo?

Ella asintió, replicando a la voz que escuchaba dentro del casco.

Levantó el morro del ala y corrió algunos pasos antes de echarse a volar. Fue un despegue perfecto y a aquella altura el mundo parecía todavía más lejano, más ajeno y, si acaso, más bello. Respiró con intensidad para beber la silenciosa y límpida atmósfera que la rodeaba. Realizó un giro lento y halló una corriente térmica que la hizo ascender velozmente, alejándola de la colina.

—¿Cuánto puedo subir? —preguntó por el micrófono.

—Depende de ti —replicó Cooper—, Ahora debes juzgar por ti misma. Si te sientes capaz de continuar, hazlo.

—¿Confías en mí?

—Lo importante es lo que tú pienses. Se trata de tu vida y tu vuelo. ¿Lo comprendes?

—Claro que sí.

Nella utilizó primero el aire desviado hacia arriba por la colina, realizando lo que se denomina una ascensión orográfica y luego encontró una corriente ascendente de aire caliente e inició una ascensión térmica. A una altura aproximada de 500 metros comenzó a volar en círculos dentro de la burbuja de aire caliente, desplazándose con ella hacia la colina. Repentinamente, el ala delta cayó del lado de la dirección del viento de la térmica, en la corriente descendente, y fue atrapada por la turbulencia existente tras la cresta.

Nella procuró dominar el ala y mantener la calma. La tierra parecía haber enloquecido a sus pies y los paisajes de todos los puntos cardinales se sucedían como diapositivas vertiginosas. Comenzó a marearse y la voz de Cooper apenas si conseguía entrar por sus oídos.

Respiró profundamente, sacudida por los movimientos del ala y entonces, tan repentinamente como había comenzado la turbulencia, salió de ella, recobró el dominio del aparato y enfiló directamente hacia la cima de la colina.

—No intentes aterrizar en la cima —recomendó Cooper con serenidad —, es muy difícil. Ya ha sido suficiente con poder dominar el ala durante la turbulencia. Pasa sobre la cima y aterriza donde siempre.

—Buscaré otra térmica —anunció Nella.

—Ya es suficiente.

—¿No confías en mí?

Cooper sonrió.

—Bien, puedes seguir adelante.

Voló durante una hora más, en círculos, alejándose y aproximándose a la colina, aprendiendo cada vez con mayor precisión a realizar giros de

360 grados, dominando el aparato. Entonces reparó en que estaba fatigada y que sentía frío. Son síntomas a los que la distracción del vuelo suele ocultar hasta que se hacen insoportables.

—Allá voy, maestro —dijo por el micrófono incorporado a su casco e inició el regreso.

Se deslizó hacia el campo raso que había delante de la colina y procuró buscar un sitio adecuado para descender sin inconvenientes. Sentía los músculos de los brazos y los muslos algo rígidos y le dolían los dedos por el esfuerzo realizado. Sentía un frío intenso en el interior del cuerpo, como si una lengua helada acariciara sus huesos.

Levantó el morro del ala y comenzó a frenar, descendiendo tan suavemente como una paloma. Sus pies rozaron el suelo, corrió cuatro o cinco pasos, bajó el morro completamente y se detuvo.

Cooper llegó hasta ella cuando ya había desmontado el ala y se quitaba el mono reforzado.

—¿Qué tal lo hice, patrón?

—Estoy orgulloso de ti, tienes verdadero talento para el aladeltismo. Esos giros de 360 grados son algo muy difícil.

—Confía en mí, ogro, tengo muchos recursos...

—Algo me dice que no los conozco todos, pequeña.

—Bien, puedo ir revelándotelos lentamente si tú me invitas a tu casa y sirves las copas. Estoy exhausta.

—Trato hecho.

Se besaron con fuerza antes de encaminarse al *MG*.

CAPITULO V

—Han sido las dos semanas más intensas de mi vida —dijo Nella sonriendo.

—Ya estás en condiciones de hacerlo por tu cuenta.

—¿Hacerlo?

—Volar, niña, volar.

—¿No más prácticas ni vídeos ni lecturas?

—He dicho que estás en condiciones y no que hayas alcanzado un conocimiento absoluto del vuelo libre.

—Te diré algo, Nicholas... estoy enamorándome de ti. No, escúchame sin acercarte, he de decirte lo que he pensado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Estaban sentados, desayunando, en la galería de la casa.

—Bien. Creo que eres un individuo temeroso de los compromisos amorosos y por eso vives de este modo un tanto hermético. Tienes fama de loco y comprendo que debas contar con algún componente demencial para hacer el trabajo que has elegido, sin embargo eres un cobarde en las cuestiones del amor. Dime, ¿me amas?

—Escucha, pequeña...

—Déjate de palabras. La cuestión es la siguiente: yo no soy France y no voy a dejar las cosas a mitad de camino. O me amas y entonces nos sentimos unidos, lealmente unidos, o no me amas y esto que vivimos es solamente una aventura dentro de otra aventura. Tú decides, Cooper.

—No, no voy a decidirlo ahora. Lo haré a mi manera.

—Tu manera es una fuga continua —le espetó la muchacha serenamente.

—Todavía tienes que cumplir con una última formalidad —dijo Nick.

—¿Qué clase de formalidad?

—Tienes que volar en el club aéreo.

—Estás cambiando de conversación.

—Lo sé.

—Bien, allá vamos. ¿Cuál es el club?

—No es el más adecuado. Está repleto de niños bonitos interesados en demostrar su valor y su temple ante los ojos asombrados de la fauna femenina. Un club caro y selecto.

—¿Te dejarán entrar? —bromeó Nella.

—Oh, sí, soy una especie de ídolo del vuelo libre, ¿recuerdas?

—¿Cuándo iremos?

—En cuanto acabemos de desayunar.

—¿Y luego hablaremos seriamente de nosotros?
—¿Por qué?
—Porque..., yo lo necesito.
—Bien, hablaremos por la noche, antes de partir.
—¿Partir?
—Eso he dicho. Algunos días antes iremos al sitio de la operación. Necesito echar un vistazo y hacer mis planes.
—¿Es necesario?
—Más. Es imprescindible.
—Está bien, hablaremos de todo ello por la noche.
—Vámonos.

* * *

El Club Rogallo era una institución digna de figurar en las guías turísticas del *yet-set* internacional. Varias piscinas de agua dulce y salada, canchas de tenis, un campo de golf, caballerizas y amplios salones para bailar, conversar, jugar a las cartas, al ajedrez, fumar, gimnasios, saunas y un *stand* de tiro subterráneo. Sin embargo, la práctica del vuelo libre constituía su principal atractivo y los aficionados se contaban por decenas.
Cuando llegaron al Club Rogallo, una veintena de alas delta flotaban en el cielo como huellas multicolores de un paseante invisible.
—Me alegro de no tener que asociarme —rió Nella—, me costaría el sueldo de seis meses pagar solamente la inscripción.
—Almorzaremos aquí y cargaremos los gastos a tu tío Donovan. A fin de cuentas es parte de tu entrenamiento para recuperar la estatuilla porno.
—Erótica, no pomo —lo reconvino la muchacha.
—Tal vez puedas explicarme luego la diferencia.
—Si todavía no la has aprendido, maestro, no creo que lo consigas jamás —bromeó ella.
Atravesaron el parque que rodeaba los edificios principales y llegaron hasta los hangares. Un cablecarril subía a los pilotos y sus aparatos hasta la cima de una colina natural de 300 metros de altura.
Nicholas Cooper era un sujeto conocido y tuvo que desembarazarse de una docena de personas antes de alcanzar la base de la colina.
—Bien venido, maestro —dijo una voz burlona y grave.
Nella se volvió. Un grupo de jóvenes de su edad, alrededor de los veintiocho o treinta años, reían estentóreamente.
Nick les echó un vistazo y no respondió al saludo.
—¿Quiénes son?
—Un grupito de desocupados que se dedican a molestar al prójimo para sentirse poderosos.
—Conozco la calaña.

—Olvídate de ellos y piensa en todas esas benditas reglamentaciones que has de recordar cuando estés en el aire.

—¿Dónde puedo cambiarme?

—Yo te diré dónde, monada —dijo el mismo individuo de antes.

Era alto y musculoso. Tenía el cabello largo, ensortijado y rubio, ojos azules, labios delgados y dientes grandes. Era un buen producto californiano, asistido por más dinero del que podría gastar jamás y que, obviamente, no había ganado él. Otros tres personajes similares reían sus comentarios.

—Cuando crezcas y te comportes como un hombrecito tal vez te permita abrirme la puerta, hijito —replicó Nella.

—¡Eh!, ¿quién es la dama de lengua afilada, campeón? —rugió el rubio, dirigiéndose a Cooper.

—Lárgate con tus gansadas a otra parte, Malcolm. Tienes por allí infinidad de idiotas a los que les resultarás muy interesante y achispado. Hazme el favor, ¿quieres?, lárgate.

—Vamos, maestro, no te pongas rudo conmigo. Sólo he procurado ser amable con la lagarta. ¿Qué tienes tú que a mí no me sobre, papaíto?

—Ve a cambiarte, Nella.

Nella fulminó con la mirada al grupo de bravucones y entró en los vestuarios. Cooper la imitó.

Cuando salieron el grupo había desaparecido. Nicholas miró más allá de la colina y vio las alas delta de Malcolm y sus amigotes. Eran negras y llevaban un dibujo en color blanco que representaba un pie gigantesco de cuatro dedos solamente.

Allí están, procura alejarte de ellos —recomendó Cooper.

—No creo que cometan ninguna tontería en el aire. Sería peligroso también para ellos.

—No los conoces, pequeña. Hazme caso y procura volar a tu aire, en otro sector. ¿De acuerdo?

—Está bien. ¿Tú no volarás conmigo?

—Sí, ¿por qué no? Volaremos juntos, en el mismo aparato. Hace siglos que no vuelo con nadie tan especial como tú.

—¿Estás declarándote a tu manera?

—Coge el ala y sígueme —replicó Nicholas.

El vuelo doble es una excelente manera de aprender a volar en ala delta porque el instructor puede demostrar *in situ* cuáles son los movimientos precisos y cuáles los errores que comete el aprendiz. Nella ya era una buena piloto de modo que en este caso la presencia de Cooper sólo serviría para controlar su actuación en un aéreo en el que había más aladeltistas practicando su deporte.

Aguardaron el turno correspondiente y luego de montar el ala y ajustar los arneses, se lanzaron hacia el borde de la cima y alzaron el vuelo con

rapidez.

Volaron durante veinte minutos, y en ese escaso margen de tiempo, Nella demostró que había aprendido cuanto necesitaba. Al aproximarse de frente, los dos aparatos deben desviarse a la derecha. La prioridad de paso es siempre del piloto que se acerca desde la derecha y el respeto de estas, entre otras normas básicas, hace que sea posible volar en grupo.

—Bien, ya eres una experta —gritó Cooper.

Nella se limitó a sonreír. Eran los amos del aire, estaban unidos y solos por encima del mundo. La sensación era tan maravillosa que la muchacha tuvo ganas de abandonar la barra de control para abrazar a su compañero.

De pronto Nick miró hacia arriba, a través de un trozo translúcido de la tela del ala y vio a los pies de Malcolm a unos pocos centímetros de distancia.

—¿Qué ocurre? —preguntó la muchacha.

—Yo guiaré el ala —replicó Nicholas sintiendo que la sangre comenzaba a hervir en sus venas.

—¿Qué hacen esos idiotas? —dijo Nella.

A la derecha y a la izquierda de su aparato habían aparecido otras dos alas delta, de color negro y con la ostentosa insignia del pie de cuatro dedos.

—Están jugando —explicó Cooper, mordiendo las palabras.

Malcolm rozó ligeramente la tela del ala con los pies y el morro bajó lo suficiente como para acelerar el artefacto e iniciar una breve picada. Nicholas controló la situación y miró a su alrededor en busca de alguna nube. Descubrió una de excelente aspecto y aprovechó el viento para dirigirse a ella. Encontró la térmica que buscaba al llegar junto a la nube y el ala trepó en giros hasta alcanzar los 1.000 metros.

Justo detrás de ellos, Malcolm continuaba asediándolos, como un perseguidor tan absurdo como implacable.

—Ya estamos muy lejos del club, hemos de regresar —dijo Nicholas.

—¿Qué pretenden?

—Molestarnos y sentirse fuertes. Si no estuvieras conmigo ya los habría aterrorizado.

—Son unos inconscientes.

—Son unos hijos de perra —dijo Cooper mordiendo las palabras.

Nuevamente Malcolm rozó con sus pies la tela del ala y Nick giró alejándose de la térmica y perdiendo altura. Cuando procuró girar nuevamente se encontró obstaculizado por uno de los acólitos del rubio que continuaba por encima de ellos.

—Tranquilo, amor —murmuró Nella a su lado.

Durante una hora, lenta pero firmemente, Cooper consiguió eludir los embistes de aquellos imbéciles y aproximarse al campo de aterrizaje del club. Por fin descubrió la colina y haciendo gala de una enorme pericia

descendió suavemente en la cima solitaria.

Todos los aficionados ya habían regresado y estaban almorzando.

Los cuatro pilotos en sus alas negras pasaron por encima de ellos y saludaron jocosamente mientras iban a aterrizar del otro lado de la colina.

Sin prisas, Cooper desmontó el ala y se quitó el mono reforzado. Nella So imitó y descendieron hasta los edificios. No hallaron a nadie en el camino y cada uno entró en su correspondiente vestuario.

Cooper se desvistió y entró en una de las duchas individuales, se bañó durante diez minutos, procurando que la tensión a que había sometido a sus músculos se aliviara con el chorro de agua templada. Por fin, cerró el grifo y se secó, luego abrió la puerta de la ducha y regresó al vestuario a cambiarse.

Allí estaba. Malcolm, en slip, fumando un cigarrillo y leyendo el último número de la revista *Playboy*. Cuando vio a Nick sonrió y se puso de pie.

—Maestro... —dijo con tono burlón y satisfecho.

Cooper dio un paso y le hundió el puño derecho en el plexo solar. Sin darle tiempo a nada volvió a golpearlo en el mismo sitio con el mismo puño y luego, con la mano izquierda lo cogió por los cabellos y le alzó el rostro. Estaba pálido y la boca muy abierta procuraba sin éxito aspirar algo de oxígeno. Malcolm parecía un guiñapo dolorido y al borde del vómito.

—Quiero que te acuerdes de mí, maldito imbécil. Si alguna vez te veo volar y estoy solo te haré comprender qué significa jugar con un ala delta a 1.000 metros de altura.

Con el canto de la mano le rompió el tabique nasal y luego lo dejó caer al suelo, Un ronquido desagradable brotaba de la garganta de Malcolm mientras buscaba aire y trataba de no ahogarse con la sangre que fluía de su nariz.

—¡Malcolm! —gritó uno de sus amigos, apareciendo en la puerta del vestuario.

Cooper reconoció al que le había cerrado el paso cuando procuraba salir de la térmica perseguido por Malcolm. Saltó hacia él y lanzó una patada lateral de karate que alcanzó la rodilla del sorprendido recién llegado. El hueso hizo un ruido característico al romperse y el muchacho cayó sobre el suelo gimiendo desesperadamente.

—No es nada comparado con la muerte, pequeño. Allí arriba tú y tu estúpido amiguito podríais habernos hecho entrar en pérdida y con dos tripulantes el artefacto es muy difícil de controlar.

La puerta de entrada volvió a abrirse y aparecieron los dos miembros restantes de la pandilla de idiotas.

Miraron la escena boquiabiertos y comprendieron inmediatamente lo que había sucedido.

—Este es un ejemplo de lo que siento en este momento, chicos. ¿Vosotros también estáis interesados en pelear?

—Nosotros… —comenzó a decir uno de ellos sin quitar los ojos del rostro ensangrentado de Malcolm.

—Os diré algo. Yo no peleo para que las niñas me aplaudan. Lo hago cuando es necesario y no me importa romperos los huesos si realmente os lo merecéis. Lo que habéis hecho hoy allá arriba es suficiente para quitaros la licencia de vuelo y llevaros ante un tribunal. Sin embargo, prefiero administraros mi propia justicia. ¿Tenéis algo que decir?

—Por favor, llevadme a un médico —gimió el tipo que sostenía su rodilla rota.

Cooper los miró uno por uno, se dio la vuelta y se dirigió a su ropero. Se vistió lentamente mientras los dos recién llegados llevaban a sus compañeros fuera del vestuario.

Cuando acabó de vestirse y salió al exterior, Nella estaba aguardándolo.

—¿Qué ocurrió allí adentro? Vi a ese tal Malcolm sangrando como si lo hubieran degollado y al otro con una pierna a la miseria.

—Sí, han sufrido un accidente menor. Tendría que haberlos molido a palos y luego llevarlos ante un tribunal. De todos modos creo que han aprendido la lección.

—¿Todavía quieres invitarme a almorzar?

—Yo no, cariño, Donovan.

—¿Me has llamado cariño?

Cooper la besó en los labios, pasó un brazo alrededor de los hombros desnudos de la muchacha y la guió hasta el edificio donde funcionaba el restaurante.

Cuando cruzaron el aparcamiento vieron un gran *Cadillac* blanco, descapotable, que se alejaba con un chirriar de neumáticos.

Nella se apretó contra el cuerpo del hombre y sonrió.

—Comienza la aventura, ¿verdad?

—Sí. Estas semanas han sido como unas inesperadas vacaciones. Nos hemos comportado como dos habitantes del verano californiano en busca de emociones nuevas y algunos combates cuerpo a cuerpo. Se ha terminado. Desde ahora en adelante comienza la verdadera acción.

—Es eso lo que hemos hecho, ¿combatir cuerpo a cuerpo?

—¿No te gusta la expresión?

—¡Oh, sí, claro que sí, es tan romántica!

—Escucha, muchacha, yo no creo estar enamorándome de ti.

—¿Ah, no?

—No.

—Bien, es mejor decirlo secamente, ayuda a tragarlo —comentó Nella procurando que su voz no flaqueara.

—No estoy enamorándome de ti, muchacha. Te amo.

CAPITULO VI

El hotel parecía un vestigio reformado de la antigua civilización maya, enclavado en el centro de un poblado maltrecho y desdeñoso. Era de piedra color ocre y de dos plantas con un terrado que imitaba a la perfección los *pucarás* defensivos de los indígenas precolombinos. Una escalinata de piedra gastada llevaba al interior donde la tosquedad y la pesadez arquitectónica del exterior desaparecía enmascarada por infinidad de plantas tropicales de grandes hojas y coloridas flores. Una mesa servía de recepción y un alemán de edad indefinible, tripa voluminosa, barba de una semana y ojillos escrutadores recibió sus pasaportes y echó una mirada golosa a Nella.

—¿Cuánto tiempo se quedarán en el Paraíso? —preguntó en un excelente castellano.

—Quince días, tal vez más —replicó Cooper en el mismo idioma.

El alemán rió con una doble hilera de dientes amarillos de nicotina.

—Es agradable tener huéspedes tan distinguidos —dijo esta vez en inglés.

—Muy amable por su parte —replicó Nella, en un castellano magnífico.

Cooper la miró sonriente.

—Continúas sorprendiéndome, criatura.

—Es el misterio del amor, cariño.

—¿Dónde puedo aparcar el autocaravana? —preguntó Nick.

—Detrás del hotel hay un cobertizo, puede ocuparlo por cinco dólares más. ¿De acuerdo?

—Está bien —aceptó Cooper.

—Ordenaré que le suban el equipaje a la habitación. ¡Pablo!

Un muchachito delgado, de enormes ojos negros, apareció mágicamente y cogió dos bolsos.

Nella se hizo cargo del tercer bolso y acompañó al mexicano hasta la primera planta. La habitación era amplia, de techos altos y una gran ventana de vidrios sucios abiertos al jardín, un trozo de selva indochina trasplantado a cien kilómetros de la lujuriosa Acapulco. Más allá del verdor exuberante descendía una suave ladera que culminaba en unos médanos cubiertos por matorrales flanqueando una playa estrecha y blanca donde el mar rompía con calma, neutralizada su violencia por dos grandes formaciones rocosas.

Nella dio un dólar al chico y cerró la puerta de la habitación. Se quitó la amplia camisa y los tejanos y se dirigió al cuarto de baño. Se trataba de una pieza grande en la que había una bañera de cuatro metros cuadrados y

un tubo anaranjado sobre ella con una flor de ducha. Abrió el grifo y un chorro de agua templada cayó dentro de la pequeña piscina a través de la boca entreabierta de una máscara de piedra, practicada en uno de los muros. Una pequeña palanca de metal permitía abrir una alta claraboya que filtraba los rayos del sol. Nella se desnudó y se dejó caer dentro de la bañera.

Cooper llevó el autocaravana al cobertizo, cerró las puertas y se dirigió a la pequeña plataforma trasera donde había sujetado la motocicleta de *cross.* Desató las sujeciones y apoyó la moto en el suelo. Miró a su alrededor y comprobó que nadie lo observaba, entonces quitó una plancha de acero que servía de sostén de la moto en el autocaravana y extrajo de allí un envoltorio negro de plástico. Volvió a cerrar la abertura, introdujo el envoltorio en un bolso de mano y empujó la motocicleta hasta la fachada principal del hotel.

—¿Todo en orden, señor Cooper?

—Perfectamente, herr Bittner.

Cuando entró en la habitación Nella salía de la bañera envuelta en una toalla.

—Vamos, muchacha. Tengo el corcel dispuesto. Iremos a reconocer el campo de batalla.

—Me visto en un minuto.

—Pantalón y camisa tejana, zapatillas de deporte y un pañuelo para el cabello —sugirió Nicholas.

—Y un bikini —sonrió ella.

Cinco minutos más tarde montaban en la motocicleta y partían rumbo a la costa, dando la espalda a la lejana y conocida Acapulco. La carretera serpenteaba junto a la playa y de vez en vez se introducía en las estribaciones de la selva para reaparecer a varios metros de altura sobre el nivel del mar y descender nuevamente. Atravesaron dos poblados chatos, blancos y pobres, y descubrieron que poco más allá del poder lujurioso de Acapulco, la magnificencia, el dinero y el lujo dejaban paso a una región subdesarrollada y paupérrima.

La carretera se unía a otra más importante a unos treinta y cinco kilómetros del Hotel Paraíso y, aprovechando que estaba en mejor estado, Cooper imprimió una mayor velocidad a la motocicleta y alcanzó los 140 km. por hora. Nella lo aferraba desde atrás y apoyaba la mejilla en su espalda. La brisa del mar llegaba desde el oeste y procuraba neutralizar el calor brutal del sol.

—Ya estamos muy cerca —gritó la muchacha.

Cooper no la escuchó pero detuvo la motocicleta a un costado de la carretera, debajo de unos árboles.

—¿Qué dices?

—Que estamos muy cerca.

—¿Desde dónde tomaste las fotografías?

—Hay un promontorio, más adelante, a unos seis kilómetros, y desde allí, utilizando un poderoso teleobjetivo, conseguí las vistas.

—Iremos hasta el promontorio.

—¿Qué día es hoy?

—Veintidós de junio.

—No podemos perder mucho tiempo.

—Siempre tendremos ocasión de recuperar la estatuilla, aunque el hipotético cargamento de droga ya no esté en la casa —dijo Cooper.

—Hacer pedazos a esos hijos de perra es más importante que recuperar la estatuilla —replicó ella con una helada serenidad.

—¿Lo haces por France?

—Lo vamos a hacer por France, por nosotros y porque debe ser así.

—Sí, alguna vez tienen que perder —sentenció Cooper.

Regresaron a la carretera y continuaron adelante a media velocidad. Un par de camiones de gran tamaño los cruzaron en dirección opuesta y solamente tres coches particulares, con matrículas norteamericanas, los adelantaron.

Nella lo tocó en la espalda y señaló a un lado del camino, poco antes de la curva siguiente. Cooper se salió de la carretera y condujo la motocicleta por una especie de sendero de animales que entraba en la floresta. El poderoso motor de *cross* no tuvo inconvenientes en llevarlos hasta el promontorio mencionado por la muchacha.

—Es aquí —anunció Nella.

Bajaron de la moto y se encaminaron hacia una estribación rocosa y cubierta de musgos que sobresalía unos metros por encima de las copas de los árboles.

Nella cogió su bolso de mano antes de trepar detrás de Cooper. Cuando llegaron a la cima el espectáculo resultó magnífico. Se hallaban a unos doscientos metros sobre el nivel del mar y a un kilómetro de la playa. La ladera de la colina boscosa caía hasta los médanos y se interrumpía dejando paso a numerosas formaciones rocosas que se adentraban en el mar creando diseños caprichosos. Siguiendo la línea de la playa, hacia el sur, las formaciones rocosas se agrupaban hasta formar un alto acantilado prácticamente vertical y en la cumbre, tal cual la había visto en las diapositivas de la muchacha, Cooper descubrió la villa de Tomás Borletto, el asesino de France.

Comprendió que aquellas semanas desde que conociera a Nella y supiera cuál era el objetivo de la aventura que ella le propusiera, su ánimo se había negado a aceptar completamente un hecho vital: iba a vengar a France. Iba a matar al mafioso que había ordenado la muerte de la muchacha porque su caprichosa naturaleza, todopoderosa y prepotente, así se lo había indicado. France debió caer en sus garras impulsada por su afán

de triunfar en el único terreno que le interesaba, el de la canción. La oportunidad de Las Vegas había sido única... y también definitiva.

—¿Piensas en ella?

—Sí.

—¿Estás decidido?

Cooper se volvió hacia la muchacha.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque yo lo he estado pensando también. Siento lo mismo que tú y estoy decidida a hacer todo lo posible por vengarla. Sí, vengarla, aunque no sea una concepción caritativa. Me gustaría poder volar ese maldito peñón con su villa inmaculada y todos esos puercos dentro. Sin embargo, he pensado en lo que diría France. Tal vez se alegraría de que nos hayamos enamorado y pretendiera preservarnos de este peligroso asunto.

—Tal vez —aceptó Cooper—, pero ya no se trata de ella solamente. Ahora es una cuestión que debemos resolver nosotros solos. Tú y yo. No podría sentirme satisfecho conmigo mismo si diera media vuelta y me largara.

—Estoy de acuerdo.

—¡Mira allí! —dijo Nick de pronto...

Los tres coches con matrículas norteamericanas, que los habían adelantado en la carretera, aparecieron en el camino de acceso a la villa. Desde aquel mirador improvisado no se divisaba todo el camino, pero sí una buena parte cuando comenzaba a trepar el acantilado y luego, la etapa final, unos trescientos metros abiertos, desde el último recodo hasta el portón custodiado de la villa.

—Quizás vengan a llevarse la droga —dijo Nella.

—No, no lo creo. Deben tener un sistema más seguro. Tal vez por mar.

Los tres coches desaparecieron, cubiertos por la arboleda distante y los recodos del sinuoso camino ascendente, para reaparecer al cabo de veinte minutos en el último tramo descubierto. Se detuvieron cien metros antes del portón de acceso y, uno a uno, se adelantaron muy lentamente para ser inspeccionados por cuatro sujetos, respaldados por dos más, que se mantenían pertrechados en sendas garitas de hormigón.

—Es una fortaleza —reflexionó Cooper.

—Te lo dije.

—Me pregunto cómo harán para disimular sus actividades. Supongo que si hubiese alguna intención oficial por echarles el guante podrían conseguirlo.

—He averiguado algo en ese aspecto. Tomás Borletto ha invertido grandes cantidades de dinero en la adquisición de obras de arte y muchas de ellas son donadas a entidades artísticas mexicanas y también norteamericanas. Necesita una guardia que proteja sus tesoro y un cierto apoyo por parte de las autoridades.

—Sí, ésa es la explicación oficial. Pero es indudable que alguien está protegiendo sus inversiones.

—¿Qué te parece el sitio?

—Perfecto e inexpugnable.

—He traído mi cámara y el teleobjetivo.

—¡Estupendo!

Cooper se llevó la máquina fotográfica al rostro y miró a través del teleobjetivo. La villa estaba prácticamente a la misma altura que ellos por lo que no era posible observar los terrados, sin embargo fue suficiente para comprender que allí adentro había un verdadero ejército de hombres armados. Junto al paredón que rodeaba el edificio e incluso fuera del vallado, en casetas similares a las que protegían el camino de acceso, había media docena de hombres paseándose con fingida indolencia. Si la villa era un depósito de la mafia para el tráfico de drogas duras, esos guardias no serían novatos. Dentro de la casa había, por lo menos, una docena de custodios además de la «familia» de Borletto, constituida por el propio Tomás Borletto y sus acólitos más próximos.

Nella cogió el teleobjetivo que él le tendía y miró durante un buen rato, luego se dejó caer sentada junto a Nicholas, a la sombra de un plátano, y encendió dos cigarrillos.

Fumaron en silencio durante algunos minutos hasta que por fin Cooper se estiró, aplastó el cigarrillo y se volvió hacia ella.

—Esta noche haré un vuelo de inspección y mañana a la noche llevaremos a cabo la operación.

—¿Estás loco?

—No te entiendo.

—¿Cómo harás para ver algo desde el aire? Además es muy peligroso volar a oscuras, pueden verte desde la villa y sería un blanco perfecto.

—Lo haremos a mi manera, ¿de acuerdo? —el tono de voz era firme y glacial.

—Aunque decidas quemarte las pestañas, ¿no es eso?

—Yo soy el experto. Necesito ajustar algunos detalles y ver cuál es el mejor sitio para descender. No puedo improvisar desde el aire. Es importante controlar todos los detalles previsibles. El viento y el calor no pueden preverse y ya constituyen un peligro suficiente importante como para que además le agreguemos uno extra ignorando dónde he de aterrizar.

—¿Y yo? ¿Cuál es mi papel?

—Te lo diré esta noche, cuando regrese.

—¿No estarás tratando de mantenerme alejada?

—Podría intentarlo si supiera que tengo alguna posibilidad de éxito. ¿La tengo?

—Ninguna.

—Bien, ahora que hemos aclarado este punto ¿qué te parece si regresamos al Hotel Paraíso, comemos algo y volvemos aquí con el autocaravana.

—Vamos.

—Dime ¿sabes a dónde lleva este camino de animales?

—Se aleja flanqueando la carretera unos veinte kilómetros y luego desciende a la playa.

—Perfecto.

—¿De qué hablas?

—Estoy ajustando mi plan.

—Somos socios en este asunto, Cooper.

—Te lo contaré todo esta noche. Por favor, confía en mí.

Montaron en la motocicleta y regresaron por el sendero de animales. El bosque se cerraba sobre él y las raíces de los árboles creaban obstáculos a cada paso, pero la moto de *cross* podía superarlos con una cierta facilidad. Recorrieron los veinte kilómetros en poco más de media hora y llegaron hasta la playa. El mar avanzaba casi hasta el borde de los médanos y observando su cuentakilómetros Cooper procuró mantenerse siempre junto a los médanos. Encontró seis obstáculos en su línea de avance, todos ellos compuestos por formaciones rocosas que, sin embargo, permitían el paso con un ligero rodeo. Llegaron al Hotel Paraíso por la playa ante la mirada maravillada del pequeño Pablo y el rostro de vampiro del alemán.

—¿Buen día en la playa, amigos?

—Estupendo, herr Bittner —sonrió Cooper.

—Sí, es buena época para pasear en moto por la playa. Todavía hay poco turismo. Y por la noche es todavía más encantador. Ya saben la luna y las olas... precioso, realmente precioso.

Herr Bittner se dio la vuelta y desapareció en la cocina del hotel.

—No me gustaría que fuese mi única compañía en una isla desierta, ¡no señor! —bromeó Nella.

* * *

Anochecía cuando sacaron el autocaravana del cobertizo y enfilaron hacia la carretera. El sol medía fuerzas con la noche y perdía el pulso lentamente. El océano parecía más calmo que por la mañana y los rayos dorados y rasantes eran disparos de aceite sobre una pradera dorada.

—Es un espectáculo fascinante, ¿verdad?

—Ya gozaremos de él, pequeña.

—Sí, claro.

—¿Pones en duda mi capacidad para enfrentarme con el crimen organizado? —bromeó Cooper.

—No, pero tengo miedo. Lo siento, he procurado ocultarlo pero tengo

miedo. Me ha costado tanto tiempo hallar a alguien como tú que ahora... si te ocurriera algo...

—Sí, yo también lo he pensado, pero es algo que debemos hacer, de modo que nada de sentimentalismos. ¿Recuerdas todo lo que te he enseñado sobre el vuelo libre?

—He dicho que siento miedo, no que me he convertido en una muchachita histérica y desmemoriada.

—Bien, conserva ese espíritu guerrero y ganaremos la batalla.

Cuando llegaron al sendero de animales y adentraron el autocaravana hasta aparcarlo en un sitio protegido de cualquiera que mirara desde la carretera, Cooper abrió la portezuela trasera y sacó el ala delta.

Era un ala delta con tubos negros y tela negra. Cooper se vistió con un mono negro y un pasamontañas de lana oscura que sólo dejaba libres sus ojos.

—¿No llevarás casco?

—No, quiero tener una sensación completa allí arriba.

Cogió su bolso de mano, lo abrió y extrajo la bolsa plástica. Dentro había un *Smith & Wesson* con silenciador y una caja de proyectiles calibre 38. Lo sacó junto con la funda sobaquera y lo sujetó bajo su brazo izquierdo.

Nella se estremeció ligeramente.

—Creo que es ahora cuando tomo consciencia, verdadera consciencia, de lo que vamos a hacer.

—Todavía puedes quedarte, chiquilla.

—No.

—Bien, alcánzame el bolso.

—¿Qué llevas en él?

—Protección.

—¿Qué es?

—Trucos, muchacha, trucos de especialista. ¿O acaso crees todo lo que ves en las pantallas de cine?

Montaron entre los dos el ala, Cooper se colocó el arnés y luego añadió una especie de cómodo delantal acolchado y un estribo. Cuando estuviera a gran altura no volaría sentado en el arnés, sino acostado boca abajo sobre aquel delantal.

—Esto es algo que todavía no has aprendido, muchacha. Pero era imposible conseguirlo en quince días.

—¿A qué te refieres?

—A volar acostado boca abajo o de espaldas, aunque con tu talento no será complicado para ti.

La besó en los labios y conectó el arnés al armazón del ala delta.

—Por favor, cuídate mucho.

—Volveré a dormir contigo, prepara la cena —bromeó Cooper, la

abrazó con fuerza y levantó el morro del ala para que embolsara el aire.

Estaba en la cumbre del promontorio y tenía que encontrar el modo de elevarse por encima de la villa. Para ello contaba con los resabios de aire caliente que seguramente despediría el propio promontorio rocoso y el acantilado que protegía la villa del mafioso y que había sido calentado por un sol abrasador durante la tarde.

Cuando el ala estuvo hinchada corrió con dificultad por el peñasco y enseguida se alejó volando. La noche era oscura y algunas nubes pasajeras ocultaban una luna menguante y pálida. Realizó un giro de 45 grados a la derecha y se dirigió directamente hacia el mar. Podía ver el reflejo de la luna en el agua, los faros de los escasos coches que circulaban por la carretera de la costa y las luces de la villa como la decoración de un aplastado pastel de cumpleaños.

Estaba perdiendo altura y tenía que hallar un resabio de aire caliente que le permitiera elevarse. Giró nuevamente hacia la izquierda y con un movimiento lento pero sistemático enfiló el ala en dirección al acantilado. Confiaba en que el viento que provenía del mar se elevara cuando chocara con el acantilado y remontara su aparato por encima de la villa. La visibilidad no era perfecta pero a la luz de las lámparas y reflectores que rodeaban la villa podría hacerse una idea más acabada del sitio.

Conocía la distribución aproximada de cada sector del edificio porque Donovan había conseguido representarse mentalmente el lugar a partir de las descripciones maravilladas del desconocido que había cometido el error involuntario de mencionar la estatuilla erótica. Necesitaba un sitio donde descender y, de ser posible debía estar próximo al ala de la villa que ocupaba el propio Borletto.

Llegó delante del acantilado y ligeramente por encima del borde. El viento, tal como había calculado, lo recogió en su seno y elevó el ala como si alguien soplara con violencia por debajo de él. Controló la dirección y acomodó el cuerpo en el arnés acolchado, de modo que tuvo una amplia panorámica de lo que ocurría debajo del aparato.

Había unos veinte metros desde el borde del acantilado hasta la muralla y por allí se paseaban cuatro tipos armados. Más allá de la muralla vio el resplandor de una piscina en la que se bañaba un grupo de personas. Pudo oír las carcajadas de las mujeres y algún taco aislado en mal inglés. La piscina estaba rodeada por una amplia franja ajardinada con docenas de tumbonas. Luego había un parterre y un patio amplio con varias mesas dispuestas para la cena. Un gran ventanal comunicaba el patio con el salón principal de la casa que era la base de una U en cuyas aristas se hallaban los dormitorios de huéspedes y salones de esparcimiento. Las habitaciones de Borletto estaban encima del salón, único sector del edificio que tenía dos plantas.

Ese era el sitio.

Las habitaciones del mafioso tenían un techo rectangular de cuarenta metros de frente por quince o tal vez veinte de fondo. Allí podría descender si conseguía realizar un giro apropiado para acercarse desde el sur.

Cuando terminaba el edificio había otro jardín con tendencias versallescas y luego un predio amplio y bien iluminado hasta el portón de acceso. Cualquiera que pudiese colarse dentro de la muralla tendría que atravesar aquel predio iluminado y sería un blanco perfecto para la media docena de guardias que vigilaban el sector.

Giró hacia el sur y observó el sendero custodiado fuera de la villa y la iluminación que barría el área. Las luces lo favorecían, porque al estar dirigidas hacia el terreno impedían que desde tierra se tuviese una buena visibilidad de lo que sucedía en el aire, más arriba del perímetro de acción de los focos.

Miró su reloj. Hacía media hora que había iniciado el vuelo y sentía la tensión de su cuerpo en los músculos de piernas y brazos. Decidió girar nuevamente y volver a pasar volando sobre la villa. Esta vez ascendió un centenar de metros más impulsado por la térmica y pudo sobrepasar sin peligro la villa en dirección sur. Vio entonces algo que no había podido detectar Nella desde sus distintos observatorios. Un sendero que unía la carretera con la playa, un pequeño muelle oculto por una estribación rocosa que se adentraba en el mar y un yate de considerables proporciones anclado en su extremo, protegido del viento por una cala natural. El enclave sólo podría avistarse desde el aire o pasando muy cerca de la costa, en una embarcación, desde el norte.

Vio a dos tipos en la cubierta del yate y a otros dos sobre el muelle. Ya no tuvo ninguna duda de cuál era la misión del barco. Una vez más torció hacia el mar y realizó un amplio giro de 360 grados para regresar al sitio donde lo aguardaba la muchacha.

El viento lo golpeó desde atrás y Cooper procuró controlar la velocidad de descenso, pero las ráfagas sorpresivas le impedirían medir su ya difícil aterrizaje en el promontorio de modo que se dirigió hacia la carretera. Desde aquella altura podía vigilar muchos kilómetros de carretera en ambas direcciones por lo que pudo descender tranquilamente sin que ningún vehículo acertara a pasar por allí en el momento de tocar tierra.

Se desprendió del arnés y comenzó a desmontar el ala. Cuando hubo terminado, cruzó la carretera y se internó por el sendero de animales que le llevó hasta el autocaravana.

—Nella… llamó.

No obtuvo respuesta. Se quitó el mono y la pistola y trepó por el promontorio en su busca.

—¡Nella!

—¿Dónde diablos estás?

—Aquí, observando tus hermosas nalgas prisioneras.

La muchacha se dio la vuelta y saltó hacia él. Lo abrazó con fuerza y lo besó en los labios presa de una enorme excitación.

—¿Ha sucedido algo?

—Estoy bien. He encontrado el modo de entrar, sólo que hay un inconveniente.

Nella lo miró intensamente, todavía pegada a su cuerpo.

—¿Qué clase de inconveniente?

—Vamos al autocaravana y te lo explicaré mientras comemos algo. Estoy muerto de hambre.

Se sentaron a la mesa y cerraron las cortinillas de las ventanas antes de dar mayor potencia al farol de gas. Nella había calentado dos latas de judías con chorizo y salsa picante. Cooper abrió una botella de vino tinto y fuerte y sirvió dos vasos.

—¿Cuál es el problema? —inquirió Nella.

—Que tendremos que utilizar solamente un ala.

—No entiendo.

—Es sencillo. Si queremos que piensen que se trata de un intento de arrebatarles el cargamento de drogas no podemos dejar un ala en el lugar de los hechos. ¿Comprendes? Si consigo mi propósito, y me largo sin que me vean hasta el momento en que comiencen los fuegos artificiales, y luego encuentran mi ala en algún sitio no será muy difícil seguir una pista.

Entiendo.

—Bien, yo había pensado ir allí solo, coger la estatuilla, crear un tumulto trucado que los pusiera en pie de guerra y luego largarme cogido a tu ala delta.

Nella lo miró espantada.

—¿Quieres decir que mi parte consiste en pasar a buscarte como si tripulara un descapotable?

—Sé que puedes hacerlo.

—Desvarías.

—¿Para qué te has esforzado en aprender a volar?

—Para acompañarte dentro de la villa.

—¿Y cómo saldríamos de esa fortaleza?

—Bueno..., había pensado que tal vez, con las alas desde uno de los tejados podríamos...

—No, es imposible. Sobrevolé el sitio dos veces.

Nella encendió un cigarrillo, se estrujó las manos y lo miró interrogante.

—Bien, veamos cuál es tu plan.

—Tú me llevarás y me sacarás de allí.

—¡Estupendo!

—No estoy bromeando. Lo haremos mañana por la noche. He visto un

yate, anclado junto al pie del acantilado, en una especie de cala natural que hay del otro lado del risco.

—¿Cómo lo haremos, amor?

—Así está mejor, pequeña —dijo Cooper besándola en los labios—. Lo primero que haremos será telefonear a tu bienamado tío, Jack Donovan, y decirle que alquile un avión y pase un par de veces con él sobre la villa mañana a mediodía. Eso los pondrá nerviosos y organizarán el traslado cuanto antes, pero no enseguida para no levantar sospechas. ¿Vas entendiendo?

—Sí, continúa.

—Bien. El resto corre de nuestra cuenta.

—Estoy un poco nerviosa, de modo que explícame todo el plan y luego vamos a la cama. Si ha de ser nuestra última noche tenemos que aprovecharla.

—De todas las ideas que se nos han ocurrido, esta última es la más inquietante, amor —sonrió Cooper.

CAPITULO VII

Desde la playa, frente al Hotel Paraíso, vieron pasar el pequeño *Cessna* amarillo con dirección sur. Cooper miró la hora en su reloj y comprobó que ya eran las dos de la tarde.

—Creí que ya no vendría —dijo a Nella.

—Le avisamos con muy poco tiempo —lo disculpó la muchacha.

Al cabo de quince minutos el avión volvió a surcar el cielo límpido y azul. Se internó en el océano giró a lo lejos realizando una tercera pasada sobre la villa y regresando luego hacia la frontera.

—Bien, la cosa ha funcionado —sonrió Cooper—. Será mejor que nademos un rato y regresemos a almorzar en el hotel. Quiero preguntarle a nuestro buen *herr* cuál es el mejor sector de playa para pasear en moto por la noche.

Corrieron hacia el mar y nadaron durante media hora. La playa estaba prácticamente desierta. Solamente ocho o diez personas tomaban el sol, dispersas en la extensión amarilla y reverberante. Cuando uno se aleja de Acapulco el paisaje se torna más salvaje y algunas zonas costeras suelen estar habitadas por personajes poco recomendables, de modo que no es frecuente encontrar turistas fuera de aquellos sectores especialmente dispuestos para recibirlos.

Comieron en el restaurante del hotel, en la terraza que daba al descuidado jardín y al mar.

—¿Quieres café? —ofreció Cooper.

—No, vámonos a la habitación y repasemos todo el plan. Sigo pensando que tendríamos que haber practicado la acción. Será la primera vez que vuelo de noche y tengo que dejarte y recogerte sobre un tejado que es como... —se interrumpió nerviosa y encendió un cigarrillo.

—¿Hay algún espectáculo que os apetezca? —preguntó el alemán aparecido junto a la mesa como un fantasma desaliñado.

—Tal vez, *herr* Bittner. ¿Qué puede ofrecernos?

—Bueno... no sé si a la señorita...

—Vamos, no soy una chiquilla —rió Nella.

—¿Juego?

—No, algo más excitante —pidió la muchacha.

—*¿Strip-tease?*

—¡Estupendo!

—Bien, si continúan por la playa hacia el norte hallaran una especie de merendero. Suele estar muy frecuentado por algunos turistas ricos. Lupe, la bailarina, es realmente bellísima.

Los ojos del alemán se pusieron en blanco y su lengua humedeció prestamente los labios.

—Iremos esta noche si no estamos muy fatigados. Todavía tenemos que descubrir nuevas calas en la costa del sur —dijo Cooper intencionadamente mientras palmeaba las nalgas de la muchacha y guiñaba un ojo cómplice al alemán.

—Excelente idea, sí, claro que sí, excelente idea —rumió Bittner alejándose hacia el interior del edificio.

A las seis de la tarde habían repasado hasta el cansancio todos los detalles. Cooper había procurado prever todos los posibles cambios meteorológicos y buscado las respuestas útiles a esas alteraciones para que Nella las memorizara.

—¿Cómo te sientes?

—Como una virgen maya el día del sacrificio —procuró bromear Nella.

—No te preocupes, sobrevolaremos el área antes de que tú me dejes allí. Verás cómo no hay nada que temer. Lo haremos en cuanto desaparezca el sol. Todavía hará mucho calor y no tendremos problemas. Sólo necesitaré una hora de tiempo y tú puedes volar mucho más tiempo, pero incluso si tienes que descender puedes hacerlo en la carretera, en la playa o incluso en el mar. Yo esperaré hasta que pases a buscarme. Me gustaría que fueses puntual, pero comprenderé tus razones si te retrasas.

—Oh, Nicholas...

—Será mejor que demos un paseo para relajarnos.

* * *

El sol se había hundido en el horizonte cuando regresaron a la playa. Habían caminado mucho, sin hablar apenas de la aventura que les aguardaba aquella noche.

Cooper puso en marcha el motor de la moto y ayudó a Nella a montar en ella.

—¿Tranquila?

—Si, siempre me siento tranquila cuando la suerte está echada.

—Bien, amo tus nervios de acero como el bacalao al pil-pil.

—Estoy tranquila pero no conseguirás hacerme sonreír.

—Bien, haz todo lo convenido y te llevaré a ver el *strip-tease* de Lupe, «La Sabrosona».

Nella sonrió a su pesar. Cooper subió a la moto y salió del predio del hotel en dirección norte. Al pasar, el alemán lo saludó con un gesto que no sería bien recibido en ninguna de las cortes europeas. Al cabo de un par de kilómetros cogió un camino secundario, rodeó el Hotel Paraíso y tomó la carretera más al sur. Apretó el acelerador y se dirigió hasta el sitio donde había ocultado el equipo que necesitarían esa noche.

Antes de llegar al sendero de animales aguardaron a que un gran camión que transportaba cerdos los adelantara y se perdiera de vista. Sólo cuando tuvieron la certeza de que nadie los observaba, cogieron el sendero y ocultaron la motocicleta entre los arbustos. A mitad de camino de la cima del promontorio recuperaron el ala negra y dos bolsos impermeables con el material y el equipo necesario para la operación.

Se vistieron en silencio con los monos de vuelo reforzados, cascos con un aparato emisor-receptor y Cooper ajustó la pistola con la funda debajo del brazo izquierdo.

—Monta el ala mientras me ocupo de los últimos detalles —dijo a la muchacha.

Nella comenzó a manipular los tubos y la tela a la escasa luz de un sol desaparecido y que sólo resplandecía indirectamente desde detrás de la comba del horizonte.

Cooper abrió un bolso azul y extrajo de él una serie de objetos. Envolvió algunos en algodón y otros los unió con una larga mecha a la que adjuntó, en un extremo, un pequeño dispositivo electrónico, provisto a su vez de una pastilla explosiva. Cuando Nella terminó de montar el ala delta, ya había armado una docena de mechas con su salva de petardos de utilería y sus correspondientes dispositivos de explosión. Los enrolló y acomodó en uno de los bolsos dejando fuera un extremo para poder extraerlos con facilidad. En el otro bolso guardó una veintena de pastillas explosivas envueltas en algodón. Colgó los bolsos de sus hombros y los sujetó al cinturón del mono para evitar que oscilaran y consideró que estaba en disposición de actuar.

—Bien, te ayudaré con el ala.

—Falta sujetar la cuerda, Nicholas.

—Yo lo haré.

Hizo un nudo fijo con el extremo de una cuerda de *nylon* en el bastidor de control, la enrolló y la sujetó con una cinta adhesiva.

—Dame un beso —dijo Nella con ansiedad.

Se besaron intensa y brevemente antes de colocarse los cascos y probar el sistema emisor-receptor.

—¿Todo en orden?

—Todo en orden, maestro.

—Bien, allá vamos.

Subieron hasta la cumbre del peñasco y atisbaron en dirección a la villa. Las luces cobraban mayor intensidad a medida que la noche se cernía con más firmeza. La luna brillaba tímidamente entre una batería de largas nubes muy altas. Aguardaron todavía quince minutos y cuando la oscuridad les aseguró un efectivo enmascaramiento sujetaron los arneses a la estructura del artefacto, levantaron el morro para coger el aire, buscaron el adecuado ángulo de incidencia y corrieron cuatro o cinco metros antes

de elevarse en la diáfana y cálida atmósfera anochecida.

—Perdemos altura —dijo Nella por el micrófono.

—Tranquila...

El ala delta descendió unos cuarenta metros en el valle que separaba el peñasco de la villa y entonces Cooper giró levemente a la derecha y recogió una térmica de los médanos recalentados. Conservó el control del ala en la burbuja cálida hasta alcanzar una altura de quinientos metros y entonces enfiló directamente hacia el océano. Las olas producían un sonido tétrico al chocar contra la playa y Nella, suspendida sobre el mar ennegrecido, sintió una especie de pánico repentino ante la presencia del abismo inmenso.

—Voy a girar, pequeña —dijo Cooper y el tono de su voz fue suficiente para tranquilizarla.

Realizó un giro de 360 grados y se salió de la térmica. El ala planeó suavemente dirigiéndose directa hacia la villa.

Cooper soltó la cuerda que cayó en la oscuridad hasta cubrir los treinta metros de extensión.

—¿Estás listas?

—Sí, ten cuidado, por favor...

Dejó la barra de control en manos de la muchacha y se descolgó por la cuerda. Cuando el ala llegó a la altura del acantilado fue impulsada hacia arriba por el aire que chocaba contra él y Cooper se descolgó hasta el extremo de la cuerda procurando no contribuir al oscilamiento del ala. Pasó a dos metros del borde de la muralla exterior y quince segundos después se soltó sobre el tejado de las habitaciones de Tomás Borletto.

Cuando se echó de bruces detrás de la chimenea y giró el rostro en busca del ala, Nella y el aparato eran invisibles en la oscuridad.

Abrió el bolso y extrajo una de las ristras de nueces explosivas que utilizaba durante sus intervenciones como especialista y que simulaban las ráfagas de una ametralladora. Les dio una hora de tiempo a los dispositivos y comenzó a colgarlas del terrado para que cayeran hasta la primera línea de ventanas. Repitió la operación reptando por el terrado hasta colocarlas todas en sitios estratégicos. Luego se dedicó a diseminar las bolas de algodón con sus pastillas explosivas. El algodón fue humedecido con un ácido que al cabo de una hora desintegraría la capa protectora de la pastilla y entonces ésta estallaría. Cuando hubo terminado la primera fase de la operación estuvo convencido de que el sitio cobraría la apariencia de una verdadera batalla campal.

En la piscina había media docena de muchachas riendo y bailando al compás de una música muy pegadiza. Los hombres no estaban con ellas.

La guardia parecía reforzada. Los hombres que había visto paseando con indolencia la noche anterior se movían nerviosos y alerta.

Cruzó en diagonal la base de la U que formaba el edificio y se asomó

buscando un sitio donde asirse para bajar hasta la primera planta.

—Nick, voy a descender en la carretera —dijo la voz de Nella por el audífono.

—Está bien.

Procuró no pensar en ella y sujetando una cuerda al borde del terrado se descolgó hacia una de las ventanas que no estaban iluminadas. Se sentó en el alféizar y pegó la cuerda a la pared con una cinta adhesiva, luego estudió la ventana. No podía ver nada en el interior de modo que sacó una linterna-lápiz del bolsillo del mono y, cubriendo el resplandor con la mano enguantada, iluminó la estancia. El suelo estaba enmoquetado y un pestillo de bronce mantenía cerradas las hojas de la ventana. Con su navaja descorrió el pestillo y antes de abrir la ventana se cercioró de que no hubiese alarmas electrónicas.

No vio ninguna. El sitio era demasiado inexpugnable como para que alguien consiguiera llegar hasta donde él había llegado.

Un ruido de pasos le obligó a permanecer inmóvil sobre el alféizar. Una pareja de guardias pasó fumando cuatro metros por debajo de la ventana y se alejó prosiguiendo el recorrido fijado.

Cooper empujó la hoja de la ventana, saltó dentro de la habitación y volvió a cerrar la ventana. Con su pequeña linterna iluminó a su alrededor y descubrió que se hallaba en una sala amplia donde había una cama doble, un pesado escritorio y varias butacas con cojines. A la izquierda había una puerta de doble hoja y en la pared de la derecha una puerta pequeña y otra doble. La puerta pequeña correspondía al cuarto de baño, la doble al pequeño museo particular del buen Tomás Borletto. Tuvo que recorrerla un par de veces, sigilosamente, hasta dar con la estatuilla de oro. No debía medir más de cuarenta centímetros de alto por treinta de ancho y, efectivamente, se trataba de una pareja haciendo el amor. Como suele ocurrir con las piezas eróticas antiguas, el hombre estaba monstruosamente dotado y la mujer parecía capaz de resistir su imperiosa virilidad con una expresión extrañamente sumisa.

Introdujo la pieza en uno de los bolsos que llevaba colgados y miró una vez más a su alrededor. Tuvo la tentación de destrozarlo todo, pero no sería adecuado para el plan.

Salió de la sala, atravesó el dormitorio y llegó junto a las puertas dobles del otro extremo. Apoyó el oído y escuchó algunas voces lejanas. Abrió una de las puertas y se encontró en un cuarto de vestir lujosamente decorado. Las voces provenían del salón contiguo.

—Tienes que conservar la calma, Tomás —decía una voz conciliadora con marcado acento italiano.

—¡Al diablo con la calma! —gritó Borletto—. Estoy retirado y ésta es mi casa. No quiero problemas aquí. Ese avión significa algo, podéis decirle a Ricky que se lleve su maldita mercancía y se olvide de mí por una

temporada.

—A Ricky no va a gustarle, Tomás —dijo la voz, contemporizadora.

—¡Al diablo con él si no le gusta! ¿Acaso crees que yo estoy contento con la situación? Dime Carlo, ¿crees que soy feliz? He tenido una vida dura y ya es suficiente. Ahora sólo quiero disfrutar. ¿Es malo disfrutar, Carlo?

La voz de Borletto se aproximaba a la puerta detrás de la cual se agazapaba Cooper.

—Ten calma, Tomás… —repitió la voz.

La puerta se abrió y un hombre sesentón, alto y robusto se detuvo para responder:

—Estoy harto de tanta cháchara, en mis tiempos las cosas se hacían de otro modo.

—Los tiempos cambian, Borletto.

—No para mí, *bambino*, no para mí…

Cerró la puerta a su espalda, cruzó el cuarto de vestir y entró en el dormitorio encendiendo la luz.

Cooper salió de detrás de un hilera de trajes impecables con el *Smith & Wesson* provisto del silenciador en la mano derecha y se acercó al dormitorio. Atisbo dentro y vio una luz en el cuarto de baño. Entró en el dormitorio, cerró con llave la puerta que daba al vestidor y se acercó a la puerta iluminada.

Borletto salió resoplando como un búfalo asmático y secándose el rostro con una toalla que llevaba bordadas sus iniciales.

—Malditos imbéciles… —murmuraba entre dientes.

Cooper lo cogió por el cuello y apoyó el cañón del revólver en la entrepierna del mafioso.

El hombre abrió la boca y vio el rostro de Nicholas a través del casco y estuvo a punto de sufrir un ataque cardíaco.

—¿Quién… quién eres? —preguntó.

—Quiero que veas una foto, cerdo.

Cooper extrajo una fotografía de France del bolsillo del mono y la puso delante de los ojos del gángster.

—¿La recuerdas?

—¿Quién eres? —volvió a preguntar con el rostro lívido—. Esa chica era una idiota. Pudo haber sido famosa y rica con un poco de sentido común. No valía tanto como para que te juegues el pellejo por ella.

Cooper sonrió y recorrió el pecho del hombre con el cañón del arma. Cuando llegó a la altura del corazón lo detuvo.

—Adiós, signore Borletto —dijo, y apretó el gatillo.

Borletto se desplomó fulminado.

Nicholas fue hasta donde estaba el interruptor y apagó la luz, luego regresó a la ventana y con el cortaplumas la cerró desde fuera. Soltó la cuerda y subió hasta el terrado. En su reloj faltaban cuatro minutos para

que se cumpliera la hora prevista.

—¿Dónde estás, Nella? —preguntó por el micrófono.

—En dirección al mar, acabo de despegar.

—Te estoy aguardando. Misión cumplida.

—Voy hacia allá.

—No te apresures, mantente serena.

Un minuto más tarde escuchó los golpes en la puerta y los gritos. Comprendió que habían hallado a Borletto y miró el cielo en busca de una señal de la muchacha.

Las luces del jardín se encendieron en su totalidad y el griterío de los hombres y las mujeres se hizo general en todos los rincones. Fue precisamente entonces cuando comenzaron a estallar las ristras de explosivos y las bombas de detonación. La villa se convirtió en un infierno y los guardias comenzaron a disparar a ciegas, enloquecidos por la sorpresa y la confusión.

Una cabeza asomó por encima del borde del terrado y luego otra más. Dos hombres armados corrieron hacia dos reflectores apagados que Cooper no había visto, iban provistos de fusiles con mira telescópica y parecían extrañamente serenos.

Cooper supo que debía tratarse de los acólitos de Borletto, tal vez los esbirros que habían eliminado a France. En todo caso no tenía tiempo que perder. Uno de ellos encendió, el reflector y casualmente, en el linde de su alcance, iluminó un extremo del ala delta de Nella.

Nicholas reventó el reflector de un disparo y alcanzó con otros dos al tipo que lo manejaba. El tercer disparo atravesó la cabeza del segundo gángster que todavía no había encendido su propio reflector.

El ala delta ya debía estar encima suyo y entonces vio la señal de Nella justo delante de él. Busco la cuerda y la halló a un metro por encima de su cabeza, corrió hacia ella, saltó a sabiendas que no tendría una segunda oportunidad y sus dedos se cerraron sobre el extremo anudado. Cerró los ojos y apretó las mandíbulas procurando permanecer inmóvil.

El ala giró lentamente, paseó sobre el pandemónium que se desarrollaba debajo de ellos, superó la muralla que daba al mar y comenzó a atravesar la franja de tierra que se extendía desde la muralla hasta el borde del acantilado.

Cooper abrió los ojos y vio el rostro atónito de uno de los guardias que los iluminaba con su linterna de mano. Sosteniéndose con una sola mano, apuntó al rostro incrédulo y apretó dos veces el gatillo.

La linterna rodó por la hierba cuando el rostro se transformó en una máscara de sangre.

Nella se dirigió hacia el mar y volvió a girar hacia el norte, pasó por encima de las dunas y Cooper encogió las piernas para no golpearse contra las copas de los árboles. Sus pies rozaron el borde del peñasco y se soltó.

Nella continuó el vuelo y aterrizó limpiamente en el arcén, junto a la carretera. Cooper se reunió con ella un minuto después y la ayudó a desmontar el ala y transportarla hasta el escondite donde la habían ocultado el día anterior. La enterraron con rapidez junto con el resto del equipo, y los monos y los cascos y montaron en la motocicleta.

—Sujétate con fuerza, pequeña o no llegaremos para el espectáculo de Lupe, «La Dadivosa».

Corrieron por el sendero de animales, derrapando y brincando en cada recodo y cada raíz, iluminado el trayecto por el oscilante foco de la máquina, hasta que llegaron a la playa. Cooper imprimió una mayor velocidad a su corcel mecánico y se las ingenió para rodear las formaciones rocosas que obstaculizaban su trayectoria. Sentía el cuerpo mojado de sudor y la palpitación del corazón de la muchacha en la piel de su espalda.

Por fin llegaron al Hotel Paraíso y se dirigieron hacia el garaje. Dejaron la moto junto al autocaravana y escondieron el arma y la estatuilla en el soporte de la motocicleta. Entraron al hotel por la puerta posterior, se lavaron con rapidez y bajaron a la recepción ataviados con ropas limpias.

—¿A tiempo para el *strip-tease*? —preguntó Nella al alemán.

—Llegaréis en el mejor de los momentos. ¿Qué tal el paseo por la playa?

—Bueno... en realidad no hemos paseado demasiado —dijo Cooper quiñándole un ojo.

—Vaya con los yanquis... —comentó *herr* Bittner mientras ellos salían del hotel.

* * *

Jack Donovan hizo una señal al capitán del yate y un marinero echó la motora al agua. Vestido con un atavío de lobo de mar condujo la motora hasta la playa y saltó a la arena.

Eran las doce del mediodía.

Atravesó los médanos y un trozo de floresta antes de dar con la cabaña edificada sobre pilotes y rodeada de una preciosa galería salpicada de flores.

—¿Cooper? —gritó antes de subir por la escalerilla de caracol.

—¿Quién es?

—Donovan, muchacho.

—Sube, tío —invitó Cooper y Jack llegó a la galería con una sonrisa sorprendida en sus labios.

Nella estaba inclinada sobre unos apuntes, ataviada con un minúsculo bañador que podía impresionar a un cadáver puritano mientras Cooper servía el café en tres tazones.

—¿Nos acompañas, tío? —preguntó Nick.

Nella levantó los ojos de los apuntes y abrazó al recién llegado.

—¿Qué te trae por aquí, Frank? —preguntó ella con deliberada inocencia.

—¿Qué os parece? La pareja está de guasa.

—Debe necesitar la estatuilla, amor —dijo Nella sonriente.

—La estatuilla, ¡claro que sí! —replicó Nick y desapareció dentro de la casa para regresar inmediatamente con la maravillosa estatuilla erótica.

Frank la cogió con infinito cuidado y la observó encantado.

—Lo siento, tío —explicó Nicholas—, la necesitamos para ilustrarnos luego del casamiento.

—Por supuesto, chico... ¿qué has dicho?

—Nos casamos en México y la estatuilla fue un auténtico estimulo aleccionador durante los primeros días.

Donovan lanzó una carcajada y los abrazó a los dos.

—Os he traído los periódicos y el talón. Cincuenta mil dólares por la recuperación del tesoro arqueológico.

—Bien —aceptó Nick—, ahora tendremos las vacaciones que habíamos planeado, cariño.

—Nada de eso, Cooper —rugió el productor—. Necesito un número nuevo de aladeltismo para la próxima película de la serie. ¿Te sientes capaz de hallar algo nuevo, difícil e impactante?

Nick y Nella se miraron rápidamente, movidos por la misma ocurrencia.

—¡Claro que sí! —replicó ella—, y te aseguro que te dejaremos atónito.

—¿Quieres decir que tú...? —comenzó a preguntar el productor.

—Ella no, tiíto, los dos —rió Cooper.

—Está bien no me digáis nada. Vosotros mismos me haréis un relato minucioso delante de tu aprensiva tía Molly mientras almorzamos en el yate. Os invito a una pequeña travesía de dos días y luego... a trabajar. A fin de cuentas habéis desatado una guerra entre hampones, recuperado la estatuilla y... Borletto ha padecido un ataque cardíaco que lo llevó al infierno.

—Sí, claro, un ataque cardíaco —dijo Nick pasando un brazo por los hombros de la muchacha y luego añadió—: ¿sabes, princesa?, creo que me gustará tu familia.

En el yate la tía Molly hizo sonar la sirena reclamándolos a su lado.

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!





EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España